

Desde la paz relativa instaurada en el siglo XIX —la cual descansaba en el equilibrio de sus instituciones— hasta nuestros días signados por guerras de baja y alta intensidad, es posible observar como se han privilegiado ciertas políticas que, al entronizar la economía mercantil y convertir en aleatorias las transformaciones sociales, exhiben a un hombre que pierde progresivamente su libertad y sus rasgos humanos. Karl Polanyi cuestiona en estas páginas clásicas esa subordinación del perfil social al progreso económico y propone invertir el planteamiento: encontrar primero la esencia de la convivencia histórica a través de una plena reorganización internacional de las instituciones sociales, antes de que el pragmatismo económico anule los valores esenciales de la vida humana que tan trabajosamente sobreviven en este siglo. Esta nueva edición incluye un prólogo de Joseph E. Stiglitz y una introducción de Fred Block, que analizan claramente el pensamiento de Polanyi y subrayan la vigencia de esta obra, a casi 60 años de su publicación, en estos tiempos de neoliberalismo y globalización.

Karl Polanyi (1886-1964) nació en Polonia y fue oficial del ejército austro-húngaro durante la primera Guerra Mundial. Al sobrevenir la persecución fascista abandonó Austria en 1934 y adoptó la nacionalidad británica. Fue profesor de las universidades de Oxford y de Londres.

LA GRAN TRANSFORMACIÓN

KARL POLANYI

KARL POLANYI

LA GRAN TRANSFORMACIÓN

LOS ORÍGENES POLÍTICOS
Y ECONÓMICOS DE NUESTRO TIEMPO

Prólogo de Joseph E. Stiglitz
Introducción de Fred Block

PRÓLOGO

ES UN PLACER ESCRIBIR ESTE PRÓLOGO a la obra clásica de Karl Polanyi que describe la gran transformación de la civilización europea desde el mundo pre-industrial hasta la era de la industrialización, así como los cambios de ideas, ideología y políticas sociales y económicas que la acompañaron. Debido a que la transformación de la civilización europea es análoga a la que enfrentan hoy los países en desarrollo en todo el mundo, a menudo parece que Polanyi hablase directamente de asuntos actuales. Sus argumentos —y preocupaciones— corresponden a los problemas planteados por los manifestantes que tomaron las calles en Seattle y Praga en 1999 y 2000 para oponerse a las instituciones financieras internacionales. En su introducción a la primera edición, de 1944, cuando el FMI, el Banco Mundial y las Naciones Unidas existían sólo en papel, R. M. MacIver demostró una presciencia similar al observar: “De primera importancia hoy es la lección que conlleva para los creadores de la organización internacional por venir”. ¡Cuánto mejores habrían sido las políticas que defendían de haber leído, y tomado con seriedad, las lecciones de este libro!

Es difícil, y quizás hasta equivocado, intentar resumir un libro de tal complejidad y sutileza en unas cuantas líneas. Si bien hay aspectos del lenguaje y la economía de una obra escrita hace medio siglo que la hacen menos accesible en la actualidad, los problemas y perspectivas que aborda Polanyi no han perdido importancia. Entre estas tesis centrales está la idea de que los mercados autorregulados nunca funcionan; sus deficiencias, no sólo en lo tocante a sus mecanismos internos sino también a sus consecuencias (es decir, respecto a los pobres), son tan grandes que se hace necesaria la intervención gubernamental; y el ritmo del cambio es de importancia toral para determinar estas consecuencias. El análisis de Polanyi deja en claro que las doctrinas populares de la economía del go-teo —según las cuales todos, incluso los pobres, se benefician del crecimiento— tienen poco sustento histórico. También aclara el rejuego entre ideologías e intereses particulares: la forma en que la ideología del libre mercado fue el pretexto de nuevos intereses industriales, y cómo tales intereses se valieron de forma selectiva de esa ideología, al apelar a la interven-

ción gubernamental cuando la necesitaban en beneficio de sus propios intereses.

Polanyi escribió *La gran transformación* antes de que los economistas modernos explicaran las limitaciones de los mercados autorregulados. Hoy en día, no hay apoyo intelectual razonable para la proposición de que los mercados, por sí mismos, generan resultados eficientes, mucho menos equitativos. Siempre que la información resulta imperfecta o los mercados están incompletos —es decir, en esencia todo el tiempo—, las intervenciones que se dan *en principio* mejorarían la eficiencia de la asignación de recursos. Nos dirigimos, en general, a una postura más equilibrada, una que reconoce tanto el poder como las limitaciones de los mercados, así como la necesidad de que el gobierno desempeñe un papel visible en la economía, aunque sigan en discusión los límites de tal papel. Hay un consenso general sobre la importancia, por ejemplo, de la normatividad gubernamental de los mercados financieros, pero no sobre la manera en que ésta deba aplicarse.

Hay asimismo abundantes evidencias en la era moderna que apoyan la experiencia histórica: el crecimiento puede generar un aumento de la pobreza. Pero sabemos también que el crecimiento conlleva enormes beneficios para la mayoría de los segmentos de la sociedad, como es el caso de algunos de los países industriales más avanzados.

Polanyi destaca la interrelación de las doctrinas de los mercados laborales libres, el libre comercio y el mecanismo monetario autorregulado del patrón oro. Su obra es así precursora del enfoque sistémico predominante hoy en día (que la obra de economistas del equilibrio general de finales de siglo presagió a su vez). Hay aún algunos economistas que se adhieren a las doctrinas del patrón oro, y quienes consideran que los problemas de la economía moderna surgieron del abandono de tal sistema, pero esto presenta a los defensores del mecanismo de los mercados autorregulados un desafío incluso mayor. Las tasas de cambio flexibles están a la orden del día, y se podría argumentar que esto fortalecería la postura de quienes creen en la autorregulación. Después de todo, ¿por qué los mercados cambiarios externos deben gobernarse según principios diferentes de los que determina cualquier otro mercado? No obstante, es también aquí donde se expone la debilidad de las doctrinas de los mercados autorregulados (al menos la de los que no ponen atención a las consecuencias *sociales* de las doctrinas). Hay amplia evidencia de que tales mercados (como muchos otros mercados de bienes) exhiben un exceso de volatilidad, es decir, más de la explicable por los cambios de sus fundamentos subyacentes. Hay asimismo abundantes

pruebas de que los cambios en apariencia excesivos en esos precios, y en un sentido más amplio las expectativas de los inversionistas, pueden causar estragos en una economía. La crisis financiera global más reciente recordó a la generación actual las lecciones que sus abuelos aprendieron con la Gran Depresión: la economía autorregulada no siempre funciona tan bien como sus defensores quieren hacernos creer. Ni siquiera el Tesoro estadounidense (con administraciones republicanas o demócratas) o el FMI, esos bastiones institucionales de la creencia en el sistema de libre mercado, piensan que los gobiernos *no* deben intervenir en la tasa de cambio, aunque nunca hayan presentado una explicación coherente y convincente de por qué este mercado debe recibir un trato distinto del de otros mercados.

En los debates ideológicos del siglo XIX se presagiaban las inconsistencias del FMI: a pesar de profesar la creencia en el sistema de libre mercado, es una organización *pública* que interviene de forma regular en los mercados cambiarios, y proporciona fondos para rescatar a los acreedores externos al tiempo que presiona por tasas de interés usureras que hacen quebrar a empresas nacionales. Nunca han existido los mercados laborales o de bienes en verdad libres. La ironía es que hoy pocos defienden siquiera el libre tránsito de la mano de obra, y mientras los países industriales avanzados sermonean a los subdesarrollados sobre los vicios del proteccionismo y los subsidios gubernamentales, ellos mismos han estado más dispuestos a abrir mercados en países en desarrollo que a abrir los propios a los bienes y servicios que representan ventajas comparativas al mundo en desarrollo.

Sin embargo, hoy en día el frente de batalla está en un lugar distinto de cuando Polanyi escribió. Como observé ya, sólo los reaccionarios defenderían una economía autorregulada, en un extremo, o un gobierno que la operara, en el otro. Todos están conscientes del poder de los mercados, y todos reverencian sus limitaciones. Pero dicho esto, hay diferencias importantes entre las opiniones de los economistas. De algunas es fácil prescindir: la ideología y los intereses particulares que se hacen pasar por ciencia económica y política. La reciente presión para liberalizar el mercado financiero y de capital en los países en desarrollo (que encabezaron el FMI y el Tesoro estadounidense) es un ejemplo claro. De nuevo, hubo pocos desacuerdos en que muchos países tenían normas que no fortalecían su sistema financiero ni promovían el crecimiento económico, las cuales quedó claro que debían retirarse. Pero los "libremercaderes" fueron más lejos, con consecuencias desastrosas para países que siguieron sus consejos, como evidenció la reciente crisis financiera global. Pero incluso antes de estos episodios había pruebas

de que tal liberalización impondría enormes riesgos a un país, y que dichos riesgos los correrían de forma desproporcionada los pobres, mientras la prueba de que tal liberalización promovería el crecimiento era, en el mejor de los casos, insuficiente. Y hay otros problemas en que las conclusiones están lejos de ser claras. El libre comercio internacional permite que un país aproveche sus ventajas comparativas al aumentar sus ingresos en promedio, aunque algunas personas pierdan sus empleos. Pero en los países en desarrollo con altos índices de desempleo, la destrucción de plazas resultado de la liberalización del comercio quizá sea más evidente que su creación, y éste es en especial el caso de los paquetes de "reformas" del FMI que combinan la liberalización del comercio con altas tasas de interés, lo que virtualmente imposibilita la creación de empleos y empresas. Nadie debió pretender que llevar a los trabajadores con empleos de baja productividad al desempleo reduciría la pobreza o aumentaría el ingreso nacional. Quienes creían en los mercados autorregulados creían de manera implícita en una suerte de ley de Say: que la oferta de trabajo crearía su propia demanda. Para los capitalistas que prosperan gracias a los salarios bajos, el alto desempleo podría resultar incluso un beneficio, pues desacelera las exigencias de mejores remuneraciones. No obstante, para los economistas, los desempleados representan una economía disfuncional, y vemos en demasiados países pruebas abrumadoras de estos y otros errores. Algunos partidarios de la economía autorregulada culpan de una parte de estos errores a los gobiernos mismos; pero tengan razón o no, el punto es que el mito de la economía autorregulada está hoy *virtualmente* muerto.

Sin embargo, Polanyi subraya un defecto particular de la economía autorregulada que sólo hasta hace poco volvió a ponerse a discusión. Se trata de la relación entre la economía y la sociedad, de la forma en que los sistemas económicos, o reformas, afectan la manera en que los individuos se relacionan entre sí. De nuevo, conforme se reconoce cada vez más la importancia de las relaciones sociales, el vocabulario cambia. Ahora hablamos, por ejemplo, de capital social. Reconocemos que los largos periodos de desempleo, los persistentemente altos índices de desigualdad y las predominantes pobreza y miseria en gran parte de América Latina han tenido un efecto desastroso en la cohesión social, y han sido una fuerza contribuyente de los altos y crecientes índices de violencia que se padecen ahí. Reconocemos que la forma y rapidez con que se pusieron en práctica las reformas en Rusia erosionaron las relaciones sociales, destruyeron el capital social y generaron la creación y quizás el predominio de la mafia rusa. Reconocemos que la

eliminación, por parte del FMI, de los subsidios alimentarios en Indonesia, cuando los salarios caían en picada y el índice de desempleo remontaba, generó una predecible (y predicha) revuelta política y social, posibilidad que debió ser especialmente clara dada la historia del país. En cada caso, las políticas económicas no sólo contribuyeron a una ruptura de relaciones sociales duraderas (si bien, en algunos casos, frágiles): la ruptura misma de las relaciones sociales tuvo efectos económicos muy adversos. Los inversionistas recelaban de colocar su dinero en países donde las tensiones sociales parecían tan graves, y muchos dentro de esos países sacaron su dinero, lo que creó una dinámica negativa.

La mayoría de las sociedades ha desarrollado formas de encargarse de sus desposeídos, sus discapacitados. En la era industrial fue cada vez más difícil para los individuos asumir una responsabilidad plena de sí mismos. Es decir, un agricultor podía perder su cosecha, y para un campesino de subsistencia era difícil apartar dinero para un mal día (o, con más precisión, para una sequía). Pero nunca les faltaba trabajo remunerado. En la era industrial moderna, a los individuos les golpean fuerzas ajenas a su control. Si el desempleo es alto, como lo fue en la Gran Depresión y lo es hoy en día en muchos países en desarrollo, es poco lo que los individuos pueden hacer al respecto. Pueden o no tener acceso a conferencias de promotores del libre mercado acerca de la importancia de la flexibilidad salarial (palabras en clave para aceptar despidos sin compensaciones, o aceptar con presteza una rebaja de su salario), pero ellos mismos poco pueden hacer para promover tales reformas, aunque tuviesen el efecto deseado y prometido de abatir el desempleo. Y sencillamente no sucede que las personas, al ofrecerse a trabajar por un salario menor, obtengan empleo de inmediato. Las teorías de la eficiencia salarial, las internas-externas y una multitud de otras teorías explican de forma contundente por qué los mercados laborales no operan como sugieren los partidarios de los mercados autorregulados. Pero sea cual sea la explicación, el hecho es que el desempleo no es un fantasma, las sociedades modernas necesitan formas de reducirlo y la economía de mercado autorregulado no lo ha hecho, al menos no de una manera socialmente aceptable. (Hay explicaciones incluso para esto, pero me alejaría demasiado de mis temas principales.) La transformación rápida destruye los mecanismos antiguos de contención, las antiguas redes de seguridad, al tiempo que crea un nuevo conjunto de demandas *antes de que se desarrollen nuevos mecanismos de contención*. Los partidarios del consenso de Washington, la versión moderna de la orto-

doxia liberal, olvidan por desgracia demasiado a menudo esta lección del siglo XIX.

El fracaso de estos mecanismos de contención contribuyó a su vez a la erosión de lo que antes denominé capital social. La última década presencié dos ejemplos dramáticos. Hablé ya del desastre de Indonesia, parte de la crisis del sureste de Asia. Durante esa crisis, el FMI, el Tesoro estadounidense y otros defensores de las doctrinas neoliberales se resistieron a lo que debió ser una parte importante de la solución: la moratoria. En su mayoría, se trataba de préstamos del sector privado a prestatarios privados; hay una forma general de abordar situaciones en que los prestatarios no pueden pagar lo que deben: bancarrota. La bancarrota es una parte central del capitalismo moderno. Pero el FMI dijo no, que la bancarrota sería una violación de la santidad de los contratos. Pero no tuvieron escrúpulo alguno para violar un contrato aún más importante, el social. Prefirieron dar fondos a los gobiernos para sacar de apuros a los acreedores extranjeros, que se equivocaron al asignar los préstamos. Al mismo tiempo, el FMI presionó por políticas con altos costos para espectadores inocentes, los trabajadores y pequeños comerciantes que nada tuvieron que ver con el advenimiento de la crisis en primer lugar.

Los fracasos en Rusia fueron aún más dramáticos. El país que había sido ya víctima de un experimento —el comunismo— fue objeto de uno nuevo, el de poner en práctica la noción de una economía de mercado autorregulada, antes de que el *gobierno* tuviese oportunidad de echar a andar la infraestructura legal e institucional necesaria. Igual que más o menos setenta años antes, los bolcheviques forzaron una rápida transformación de la sociedad, con resultados desastrosos. Se le prometió al pueblo que una vez que se dejara en libertad a las fuerzas del mercado, la economía repuntaría: el ineficiente sistema de planeación central, esa distorsionada asignación de recursos, con su ausencia de incentivos producto de la propiedad social, sería remplazado con descentralización, liberalización y privatización.

No hubo repunte alguno. La economía se hundió casi a la mitad y el porcentaje de personas en la pobreza (con una media de cuatro dólares al día) aumentó de 2 a casi 50 por ciento. Mientras la privatización provocó que algunos oligarcas se convirtieran en multimillonarios, el gobierno no tenía dinero siquiera para pagar las modestas pensiones que debía; todo esto en un país rico en recursos naturales. Se suponía que la liberalización del mercado del capital anunciaría al mundo que éste era un lugar atractivo para la inversión; pero fue sólo en un sentido. El capital salió a raudales, y era de

esperarse. Debido a la ilegitimidad del proceso de privatización, no había consenso social que la sustentara. Quienes dejaron su dinero en Rusia tenían todo el derecho de temer perderlo una vez que se instalara un nuevo gobierno. Aun aparte de estos problemas políticos, es obvio por qué un inversionista racional pondría su dinero en el boyante mercado accionario estadounidense y no en un país con una depresión evidente. Las doctrinas de la liberalización del mercado de capitales eran una invitación abierta para que los oligarcas sacaran del país sus riquezas mal habidas. Ahora, si bien demasiado tarde, se ponderan las consecuencias de esas políticas equivocadas; pero será poco menos que imposible atraer de nuevo al país el capital que salió, excepto con garantías de que se puede conservar, sin importar la forma en que se adquirió, y hacer esto implicaría, de hecho requeriría, el mantenimiento de la oligarquía misma.

La ciencia económica y la historia económica han llegado a reconocer la validez de los argumentos de Polanyi. Pero la política pública —en particular como se refleja en las doctrinas del consenso de Washington respecto de la manera en que el mundo en desarrollo y las economías en transición deben realizar *sus* grandes transformaciones— parece demasiado a menudo no haberlo hecho. Como observé ya, Polanyi expone el *mito* del libre mercado: nunca hubo un sistema de mercado autorregulado de verdad libre. En *sus* transformaciones, los gobiernos de los países hoy industrializados tuvieron un papel activo no sólo en la protección de sus industrias mediante aranceles, sino también en la promoción de nuevas tecnologías. En los Estados Unidos, el primer cable de telégrafo recibió financiamiento del gobierno federal en 1842, y el gran aumento de la productividad agrícola que fue la base de la industrialización contó con servicios de investigación, enseñanza y ampliación gubernamentales. Europa occidental mantuvo restricciones de capitales hasta hace muy poco tiempo. Incluso hoy en día, el proteccionismo y las intervenciones gubernamentales gozan de cabal salud: el gobierno estadounidense amenaza a Europa con sanciones comerciales a menos que abra sus mercados a los plátanos de corporaciones estadounidenses en el Caribe. Si bien en ocasiones estas intervenciones se justifican como necesarias para compensar las intervenciones de otros gobiernos, hay abundantes ejemplos de un proteccionismo y subsidios en verdad imperturbables, como los de la agricultura. Mientras fui presidente del Council of Economic Advisers [Consejo de asesoría económica], vi caso tras caso: desde jitomates y aguacates mexicanos hasta rollos de película japoneses, abrigos de mujer ucranianos y uranio ruso. Durante mucho tiempo se consideró a Hong Kong como

bastión del libre mercado, pero cuando ahí vieron que los especuladores neoyorquinos trataban de devastar su economía al especular al mismo tiempo en los mercados accionarios y de moneda, intervinieron en ambos de forma masiva. El gobierno estadounidense protestó con gran alharaca, y afirmaba que era una renuncia a los principios del libre mercado. No obstante, la intervención de Hong Kong rindió frutos: pudieron estabilizar ambos mercados, se protegieron contra futuras amenazas a su moneda y además ganaron grandes cantidades de dinero al hacerlo.

Los defensores del consenso neoliberal de Washington destacan que las intervenciones gubernamentales son el origen del problema; la clave para la transformación es “poner el precio adecuado” y sacar al gobierno de la economía mediante la privatización y la liberalización. Con esta perspectiva, el desarrollo es poco más que la acumulación de capital y mejoras en la eficiencia con que se asignan los recursos; asuntos técnicos puros. Esta ideología no entiende la naturaleza de la transformación misma, una transformación de la sociedad, no sólo de la economía, y una transformación de la economía que es mucho más profunda que lo que sugieren sus simples recetas. Su perspectiva representa una lectura equivocada de la historia, como sostiene Polanyi con eficacia.

Si él hubiese escrito hoy, habría más pruebas que sustentasen sus conclusiones. Por ejemplo, en el sureste de Asia, la parte del mundo con el desarrollo más exitoso, los gobiernos asumieron un papel central inamovible, y de maneras explícita e implícita reconocieron el valor de conservar la cohesión social, y no sólo protegieron el capital social y humano, sino que lo ampliaron. En toda la región no sólo se dio un crecimiento económico acelerado, sino también un marcado descenso de la pobreza. Si el fracaso del comunismo fue la prueba dramática de la superioridad del sistema de mercado respecto del socialismo, el éxito del Lejano Oriente fue asimismo la evidencia dramática de la superioridad de una economía en la que el gobierno asume una función activa en el mercado autorregulado. Fue justamente por esta razón que los ideólogos del mercado se veían casi jubilados durante la crisis asiática, que sentían que exponía las debilidades fundamentales del modelo del gobierno activo. Mientras, en lo general, en sus conferencias incluían referencias a la necesidad de sistemas financieros mejor regulados, aprovecharon esta oportunidad para presionar por una mayor flexibilidad de mercado; palabras en clave para eliminar la clase de contratos sociales que dieron una seguridad económica que amplió la estabilidad social y política, una estabilidad que fue condición *sine qua non* del milagro asiático.

Por supuesto, la verdad es que la crisis asiática fue la ilustración más dramática del fracaso del mercado autorregulado: fue la liberalización de los flujos de capital de corto plazo, los miles de millones de dólares que chapoteaban alrededor del mundo en busca de los réditos más altos, sujetos a los cambios racionales e irracionales de ánimo, lo que subyacía en la raíz de la crisis.

Permítaseme concluir este prólogo retomando dos de los temas centrales de Polanyi. El primero se refiere al complejo entretendido entre política y economía. El fascismo y el comunismo no sólo eran sistemas económicos alternos; representaban el abandono de importantes tradiciones políticas liberales. No obstante, como observa Polanyi, “el fascismo, como el socialismo, se arraigaba en una sociedad de mercado que se negaba a funcionar”. El apogeo de las doctrinas neoliberales tuvo lugar quizás entre 1990 y 1997, tras la caída del Muro de Berlín y antes de la crisis financiera global. Algunos tal vez argumenten que el final del comunismo marcó el triunfo de la economía de mercado y la creencia en los mercados autorregulados. Pero esa interpretación, me parece, es equivocada. Después de todo, dentro de los mismos países desarrollados, este periodo estuvo marcado casi en todas partes por un rechazo de tales doctrinas, las del libre mercado de Reagan y Thatcher, en favor de políticas “demócratas nuevas” o “laboristas nuevas”. Una interpretación más convincente es que durante la Guerra Fría, los países industrializados sencillamente no pudieron arriesgarse a imponer estas políticas, que tanto afectan a los países en desarrollo. Estos últimos tenían una opción; Occidente y el Este se granjeaban su apoyo, y los evidentes fracasos de las recetas occidentales los hacía voltear hacia el otro lado. Con la caída del Muro de Berlín, estos países ya no tenían a dónde ir. Ahora podían imponerse estas doctrinas riesgosas con impunidad. Pero esta perspectiva no sólo es insensible; es también estrecha: hay una miríada de formas desagradables que el rechazo a una economía de mercado que no funciona al menos para la mayoría, o para una gran minoría, puede asumir. Una economía de mercado supuestamente autorregulada puede generar un capitalismo mafioso —y un sistema político mafioso—, preocupación que por desgracia es ya algo muy real en algunas partes del mundo.

Polanyi vio el mercado como parte de una economía más amplia, y ésta como parte de una sociedad aún más amplia. Vio la economía de mercado no como un fin en sí misma, sino como un medio para fines más fundamentales. Demasiado a menudo se ha señalado a la privatización, la liberalización e incluso la macroestabilización como objetivos de reforma. Se llevan

las puntuaciones de la rapidez con que diversos países privatizan —sin importar que la privatización es en realidad sencilla: todo lo que hay que hacer es regalar los activos a los amigos, y esperar favores a cambio—. Pero demasiado a menudo se olvida llevar la puntuación de la cantidad de individuos a quienes se les empuja a la pobreza, o de los empleos perdidos respecto de los que se crean, o del incremento de la violencia, o del aumento de la sensación de inseguridad o el sentimiento de impotencia. Polanyi habló acerca de valores básicos. La disyuntiva entre estos valores básicos y la ideología del mercado autorregulado es tan clara hoy en día como lo era en el momento en que escribió. Les decimos a los países en desarrollo lo importante que es la democracia, pero, cuando se trata de asuntos que les preocupan más, los que afectan sus niveles de vida, la economía, se les dice: las leyes de hierro de la economía te dan pocas opciones, o ninguna; y puesto que es probable que tú (mediante tu proceso político democrático) desestabilices todo, debes ceder las decisiones económicas clave, digamos las referentes a la política macroeconómica, a un banco central independiente, casi siempre dominado por representantes de la comunidad financiera; y para asegurar que vas a actuar conforme a los intereses de la comunidad financiera, se te dice que atiendas en exclusiva la inflación y te olvides de los empleos o del crecimiento; y para asegurarnos de que hagas eso, se te dice que te sometás a las reglas del banco central, como expandir la oferta de dinero a una tasa constante, y cuando una regla no opere como se esperaba, se impondrá otra, como centrarse en la inflación. En resumen, mientras en apariencia fortalecemos a los individuos en las ex colonias mediante la democracia con una mano, con la otra les arrebatamos esa misma democracia.

Polanyi termina su libro, de manera muy adecuada, con un análisis de la libertad en una sociedad compleja. Franklin Delano Roosevelt afirmó, en medio de la Gran Depresión: “No tenemos nada que temer, sino al temor mismo”. Hablaba de la importancia no sólo de las libertades clásicas (de expresión, de prensa, de reunión, de religión), sino también de liberarse del temor y del hambre. Las reglas pueden arrebatar las libertades de algunos, pero al hacerlo aumentan las de otros. La libertad de meter y sacar capitales de un país a voluntad es una libertad que ejercen algunos, con un costo enorme para los demás. (En la jerga de los economistas, hay grandes externalidades.) Por desgracia, el mito de la economía autorregulada, sea en su antigua apariencia de *laissez-faire* (dejar hacer) o en el nuevo atuendo del consenso de Washington, no representa un equilibrio de dichas libertades, pues el pobre enfrenta más que nadie un mayor sentimiento de inseguridad,

y en algunos lugares, como Rusia, el número absoluto de pobres aumentó con rapidez y se desplomaron los niveles de vida. Para ellos hay menos libertad, menos libertad ante el hambre, menos libertad ante el temor. Si escribiese hoy, estoy seguro de que Polanyi sugeriría que el desafío que ahora enfrenta la comunidad global es la posibilidad de equilibrar la balanza, antes de que sea demasiado tarde.

JOSEPH E. STIGLITZ

INTRODUCCIÓN*

UN EMINENTE HISTORIADOR ECONOMISTA, al revisar la recepción e influencia que ha tenido y ejercido con los años *La gran transformación*, señaló que “algunos libros se niegan a desaparecer”. Ésta es una declaración adecuada. Aunque se escribió a principios de la década de 1940, la pertinencia e importancia de la obra de Karl Polanyi sigue en ascenso. A pesar de que pocos libros estos días tienen una vida en los librerías de más de unos cuantos meses o años, después de más de medio siglo *La gran transformación* sigue fresco en muchos sentidos. De hecho, es indispensable para comprender los dilemas que enfrenta la sociedad global a principios del siglo XXI.

Hay una buena explicación para esta perdurabilidad. *La gran transformación* es la crítica más aguda hasta ahora del liberalismo de mercado, de la creencia de que tanto las sociedades nacionales como la economía global pueden y deben organizarse mediante mercados autorregulados. Desde los años ochenta, y en particular con el final de la Guerra Fría a principios de los noventa, esta doctrina del liberalismo de mercado —con las etiquetas de thatcherismo, reaganismo, neoliberalismo y el “consenso de Washington”— llegó a dominar la política global. Pero poco después de publicarse la obra por primera vez, en 1944, se intensificó la Guerra Fría entre los Estados Unidos y la Unión Soviética, y oscureció la importancia de la contribución de Polanyi. En los debates tan polarizados entre los defensores del

* Contraje significativas deudas en la preparación de esta introducción. La mayor fue con Kari Polanyi Levitt, quien me proporcionó comentarios extensos y detallados, tanto sustantivos como editoriales, en varios borradores de este texto. Fue un privilegio poco común trabajar con ella. Michael Flota, Miriam Joffe-Block, Marguerite Mendell y Margaret Somers también me ofrecieron una retroalimentación valiosa. Margaret Somers me ayudó a comprender el pensamiento de Polanyi durante casi 30 años; mucho de lo que escribí refleja sus opiniones. Además, Michael Flota me asistió en la preparación de esta introducción y en la más amplia tarea de preparar esta nueva edición.

También reconozco una deuda considerable con Kari Polanyi Levitt y Marguerite Mendell por sus funciones como codirectoras del Karl Polanyi Institute of Political Economy, que se ubica en la Concordia University, Montreal, Quebec. Mi comprensión del pensamiento de Polanyi es resultado en gran medida de su academicismo y del archivo que mantienen de los documentos de Polanyi. Los lectores que deseen más información sobre el pensamiento de Polanyi y la comunidad internacional de estudiosos que trabajan en esta escuela deben ponerse en contacto con el Karl Polanyi Institute y consultar la importante serie de libros *Critical Perspectives on Historic Issues*, que publicó con Black Rose Press en Montreal.

capitalismo y los del socialismo soviético, quedaba poco espacio para los sutiles y complejos argumentos de Polanyi. Por ende, hay cierta justicia en el hecho de que con el fin de la Guerra Fría la obra de Polanyi comience a ganar la visibilidad que merece.

El debate central de este periodo posterior a la Guerra Fría es sobre la globalización. Los neoliberales insisten en que las nuevas tecnologías de las comunicaciones y el transporte hacen tanto inevitable como deseable que la economía mundial se integre de manera estrecha mediante un comercio y flujos de capitales extendidos, así como que se acepte el modelo angloestadunidense de capitalismo de libre mercado. Diversos movimientos y teóricos en todo el mundo rechazan esta visión de globalización desde distintas perspectivas políticas, algunas de las cuales se resisten con base en identidades étnicas, religiosas, nacionales o regionales; otras, al sostener visiones alternas de coordinación y cooperación globales. Todos quienes participan en estos debates tienen mucho que aprender de *La gran transformación*; tanto los neoliberales como sus críticos obtendrán una mayor comprensión de la historia del liberalismo de mercado y de las trágicas consecuencias de proyectos anteriores de globalización económica.

VIDA Y OBRA DE POLANYI

Karl Polanyi (1886-1964) creció en Budapest, en una familia notable por su compromiso social y sus logros culturales.¹ Su hermano Michael fue un importante filósofo de la ciencia, cuya obra aún se lee con amplitud. El mismo Polanyi fue una personalidad influyente en los círculos académicos e intelectuales húngaros antes de la primera Guerra Mundial. En Viena, en los años veinte, Polanyi trabajó como jefe de redacción del primer semanario económico y financiero de Europa central, *Der Österreichische Volkswirt*.

¹ Aún no hay una biografía completa de Polanyi, pero mucho del material pertinente está en Marguerite Mendell y Kari Polanyi Levitt, "Karl Polanyi-His Life and Times", *Studies in Political Economy*, núm. 22, primavera de 1987, pp. 7-39. Véase también Levitt (comp.), *Life and Work of Karl Polanyi*, Black Rose Press, Montreal, 1990; y su ensayo "Karl Polanyi as Socialist", en Kenneth McRobbie (comp.), *Humanity, Society, and Commitment: On Karl Polanyi*, Black Rose Press, Montreal, 1994. También está disponible un extenso material biográfico en Kenneth McRobbie y Kari Polanyi Levitt (comps.), *Karl Polanyi in Vienna*, Black Rose Press, Montreal, 2000. Peter Drucker, teórico gerencial que conoció a la familia de Polanyi en Viena, escribió un ameno relato en sus memorias *Adventures of a Bystander*, John Wiley, Nueva York, 1994, pero muchos de los hechos específicos —incluso algunos de los nombres de los hermanos de Polanyi— son poco precisos.

Durante esta época tuvo contacto por primera vez con los argumentos de Ludwig von Mises y conoció al famoso estudiante de éste, Friedrich Hayek. Mises y Hayek intentaban recuperar la legitimidad intelectual del liberalismo de mercado, que resultó tan afectado por la primera Guerra Mundial, la Revolución soviética y el atractivo del socialismo.² En el corto plazo, Mises y Hayek tuvieron poca influencia. Desde mediados de los años treinta y hasta los sesentas, las ideas económicas keynesianas, que legitimaban una conducción activa gubernamental de la economía, dominaron las políticas nacionales en Occidente.³ Pero después de la segunda Guerra Mundial, Mises y Hayek fueron incansables promotores del liberalismo de mercado en los Estados Unidos y el Reino Unido, y de manera directa inspiraron a seguidores tan influyentes como Milton Friedman. Hayek vivió hasta 1992, lo suficiente para sentirse reivindicado por el colapso de la Unión Soviética. Para la época de su muerte, se le celebraba como el padre del neoliberalismo, la persona que inspiró tanto a Margaret Thatcher como a Ronald Reagan en sus políticas de desregulación, liberalización y privatización. Sin embargo, ya desde los años veinte Polanyi desafiaba directamente los argumentos de Mises, y la crítica a los liberales de mercado siguió siendo su preocupación teórica central.

Durante su trabajo en *Der Österreichische Volkswirt*, Polanyi vio el derrumbe del mercado accionario estadounidense de 1929, el fracaso de la Kreditanstalt de Viena en 1931, que precipitó la Gran Depresión, y el ascenso del fascismo. Pero con la llegada de Hitler al poder en 1933, las opiniones socialistas de Polanyi se tornaron conflictivas, y se le pidió que renunciase al semanario. Viajó a Inglaterra, donde trabajó como profesor universitario en la Workers' Educational Association, extensión de las universidades de Oxford y de Londres.⁴ El desarrollo de sus cursos permitió a Polanyi profundizar en los materiales de historia social y económica inglesa. En *La gran transformación* Polanyi fusionó estos materiales históricos con su

² Hay información de Ludwig von Mises y Friedrich Hayek desde los años veinte hasta los noventa en Richard Cockett, *Thinking the Unthinkable: Think Tanks and the Economic Counter-Revolution, 1931-1983*, Fontana Press, Londres, 1995. Cockett señala la ironía de que Inglaterra, que inventó el liberalismo de mercado, tuviese que reimportarlo de Viena.

³ Por coincidencia, el libro de Polanyi se publicó por primera vez el mismo año que Hayek publicó su libro más famoso, *The Road to Serfdom*, University of Chicago Press, Chicago, 1944. Mientras la obra de Polanyi celebraba el Nuevo Trato en los Estados Unidos justamente porque ponía límites a la influencia de las fuerzas del mercado, el libro de Hayek insistía en que las reformas del Nuevo Trato colocaban a los Estados Unidos en una pendiente resbaladiza que los llevaría tanto a la ruina económica como a un régimen totalitario.

⁴ Marguerite Mendell, "Karl Polanyi and Socialist Education", en Kenneth McRobbie, *op. cit.*, pp. 25-42.

crítica de las ahora tan extraordinariamente influyentes posturas de Mises y Hayek.

La escritura en sí del libro tuvo lugar cuando Polanyi fue profesor visitante en el Bennington College en Vermont, a principios de los años cuarenta.⁵ Con el apoyo de una beca, pudo dedicar todo su tiempo a escribir, y el cambio de ambiente ayudó a Polanyi a atar los distintos cabos de su argumento. De hecho, una de las contribuciones más perdurables del libro —su atención a las instituciones que regulan la economía mundial— se vincula de forma directa a los múltiples exilios de Polanyi. Sus mudanzas de Budapest a Viena, de ahí a Inglaterra y después a los Estados Unidos, junto con un profundo sentido de responsabilidad moral, hicieron de Polanyi una suerte de ciudadano del mundo. Hacia el final de su vida escribió a un viejo amigo: “Mi vida fue ‘mundial’; viví la vida del mundo humano [...] Mi obra es para Asia, para África, para los nuevos pueblos”.⁶ Mientras conservaba un fuerte vínculo con su nativa Hungría, Polanyi trascendió la visión eurocéntrica y entendió las maneras en que las manifestaciones agresivas de los nacionalismos generaron y apoyaron cierto conjunto de acomodos económicos globales.

En los años posteriores a la segunda Guerra Mundial, Polanyi dio clases en la Universidad de Columbia, en la ciudad de Nueva York, donde él y sus alumnos se dieron a la tarea de una investigación antropológica sobre dinero, comercio y mercados en sociedades precapitalistas. Con Conrad M. Arensberg y Harry W. Pearson, publicó *Trade and Market in the Early Empires* [Comercio y mercado en los imperios antiguos]; más tarde, sus alumnos prepararon para su publicación volúmenes póstumos basados en la obra de Polanyi de este periodo. Abraham Rotstein contribuyó con la publicación de *Dahomey and the Slave Trade*; George Dalton compiló una colección de ensayos inéditos, que incluía extractos de *La gran transformación*, en *Primitive, Archaic, and Modern Economies: Essays of Karl Polanyi*; y Pearson también compiló *The Livelihood of Man*, a partir de las notas de clase de Polanyi en Columbia.⁷

⁵ Polanyi escribió el libro en inglés; desde su infancia hablaba con fluidez este idioma.

⁶ Carta a Be de Waard, 6 de enero de 1958; citada por Ilona Duczynska Polanyi, “I First Met Karl Polanyi in 1920...”, en Kenneth McRobbie y Kari Polanyi Levitt, *op. cit.*, pp. 313, 302-315.

⁷ Karl Polanyi, Conrad M. Arensberg y Harry W. Pearson (comps.), *Trade and Market in the Early Empires: Economies in History and Theory*, Free Press, Glencoe, 1957; Polanyi, *Dahomey and the Slave Trade: An Analysis of an Archaic Economy*, University of Washington Press, Seattle, 1966; George Dalton (comp.), *Primitive, Archaic, and Modern Economies: Essays of Karl Polanyi*, 1968, reimpression, Beacon Press, Boston, 1971; y Harry W. Pearson (comp.), *The Livelihood of Man*, Academic Press, Nueva York, 1977.

ARGUMENTO DE POLANYI: ESTRUCTURA Y TEORÍA

La gran transformación se organiza en tres partes. La primera y la tercera se centran en las circunstancias inmediatas que generaron la primera Guerra Mundial, la Gran Depresión, el ascenso del fascismo en la Europa continental, el Nuevo Trato en los Estados Unidos y el primer plan quinquenal en la Unión Soviética. En estos capítulos, el introductorio y el de conclusiones, Polanyi prepara un rompecabezas: ¿por qué un periodo prolongado de relativa paz y prosperidad en Europa, de 1815 a 1914, de repente dio paso a una guerra mundial seguida de un colapso económico? En la segunda parte, el centro del libro, está la solución. De regreso a la Revolución industrial inglesa, en los primeros años del siglo XIX, Polanyi nos dice cómo respondieron los pensadores ingleses a los trastornos de la primera época de la industrialización al elaborar la teoría del libre mercado, con su creencia central en que la sociedad humana debe subordinarse a mercados autorregulados. Como resultado del papel protagónico inglés como “taller del mundo”, explica, estas creencias se convirtieron en el principio organizativo de la economía mundial. En la segunda mitad de esta parte central del libro, capítulos XI a XVIII, Polanyi sostiene que el liberalismo de mercado generó una respuesta inevitable: se dieron esfuerzos concertados para proteger a la sociedad del mercado. Estos esfuerzos implicaron que el mercado no podía funcionar como se pretendía, y las instituciones que gobernaban la economía global crearon tensiones crecientes dentro de las naciones y entre las naciones. Polanyi esboza el colapso de la paz que llevó a la primera Guerra Mundial y muestra el colapso del orden económico que permitió que la Gran Depresión fuese la consecuencia directa del intento de organizar la economía global con base en el liberalismo de mercado. La segunda “gran transformación” —el ascenso del fascismo— es resultado de la primera —el ascenso del liberalismo de mercado—.

En la elaboración de este argumento, Polanyi recurre a sus vastos conocimientos de historia, antropología y teoría social.⁸ *La gran transformación* tiene cosas importantes que decir sobre acontecimientos históricos desde el siglo XV hasta la segunda Guerra Mundial; también aporta una contribución original a temas tan diversos como el papel de la reciprocidad y la re-

⁸ Hay un análisis de las fuentes clave de Polanyi en Margaret Somers, “Karl Polanyi’s Intellectual Legacy”, en Kari Polanyi Levitt (comp.), *Life and Work of Karl Polanyi*, Black Rose Press, Montreal, 1990, pp. 152-158.

distribución en las sociedades premodernas, las limitaciones del pensamiento económico clásico y los peligros de hacer de la naturaleza una simple mercancía. Muchos científicos sociales contemporáneos —antropólogos, científicos políticos, sociólogos, historiadores y economistas— han encontrado inspiración teórica en los argumentos de Polanyi. Hoy en día, una cantidad creciente de libros y artículos se enmarca dentro de citas clave de *La gran transformación*.

Debido a la riqueza misma de este libro, es inútil tratar de resumirlo; lo más que se puede hacer es elaborar algunas de sus ideas principales. Pero hacer esto requiere primero reconocer la originalidad de su postura teórica. Polanyi no encaja con facilidad en mapas generales del paisaje político; aunque estaba de acuerdo con muchas de las críticas de Keynes hacia el liberalismo de mercado, difícilmente podría decirse que fuese keynesiano. A lo largo de su vida se identificó como socialista, pero tenía diferencias profundas con los determinismos económicos de cualquier tipo, incluso el marxismo convencional.⁹ Su definición misma de capitalismo y socialismo difiere de las comprensiones acostumbradas de estos conceptos.

El concepto de arraigo de Polanyi

El punto de partida lógico para analizar el pensamiento de Polanyi es su concepto de arraigo. Quizá su contribución más famosa al pensamiento social, este concepto ha sido asimismo origen de una enorme confusión. Polanyi comienza por destacar que la tradición entera del pensamiento económico moderno, hasta nuestros días, descansa en el concepto de la economía como un sistema de mercados entrelazados que de manera automática ajusta la oferta y la demanda mediante el mecanismo de los precios. Aunque los economistas reconocen que el sistema de mercado en ocasiones necesita ayuda del gobierno para superar sus imperfecciones, aún confían en este concepto de la economía como un sistema equilibrado de mercados integrados. Polanyi intenta mostrar la manera tan clara en que este concepto difiere de la realidad de las sociedades humanas a lo largo de la historia

⁹ La relación de Polanyi con el marxismo es uno de los asuntos más complejos y debatidos en la literatura. Véanse Mendell y Polanyi Levitt, "Karl Polanyi—His Life and Times"; Fred Block y Margaret Somers, "Beyond the Economic Fallacy: The Holistic Social Science of Karl Polanyi", en Theda Skocpol (comp.), *Vision and Method in Historical Sociology*, Cambridge University Press, Cambridge, 1984, pp. 47-84; Rhoda H. Haperin, *Cultural Economies: Past and Present*, University of Texas Press, Austin, 1994.

registrada. Antes del siglo XIX, insiste, la economía humana se arraigaba siempre en la sociedad.

El término "arraigo" expresa la idea de que la economía no es autónoma, como debe serlo en la teoría económica, sino que está subordinada a la política, la religión y las relaciones sociales.¹⁰ El uso que Polanyi da al término sugiere más que la ahora conocida idea de que las transacciones mercantiles dependen de la confianza, el entendimiento mutuo y la aplicación legal de los contratos. Emplea el concepto para destacar la radicalidad del rompimiento de los economistas clásicos, en especial Malthus y Ricardo, respecto de pensadores anteriores. En lugar del patrón históricamente normal de subordinar la economía a la sociedad, su sistema de mercados autorregulados requiere que la sociedad se subordine a la lógica del mercado. Escribe en la primera parte:

En última instancia, ésa es la razón por la que el control del sistema económico por parte del mercado tiene consecuencias abrumadoras para la organización completa de la sociedad: significa nada menos que la sociedad opere como un accesorio del mercado. En lugar de que la economía se arraigue en las relaciones sociales, éstas son las que se arraigan en el sistema económico.

No obstante, este pasaje y otros similares permiten una mala interpretación del argumento de Polanyi. A menudo se entiende de forma equivocada a Polanyi como si éste afirmase que, con el ascenso del capitalismo en el siglo XIX, la economía se desarraigó con éxito de la sociedad, sólo para dominarla.¹¹

Esta mala interpretación oscurece la originalidad y riqueza teórica del argumento de Polanyi. Él señala que los economistas clásicos deseaban crear una sociedad en que la economía se desarraigase con éxito y que animaban a los políticos a ir en busca de este objetivo. Con todo, insiste en que *no*

¹⁰ El concepto de Polanyi de arraigo ha sido objeto de préstamo y elaboración por parte de importantes estudiosos contemporáneos, como John Ruggie, "International Regimes, Transactions, and Change: Embedded Liberalism in the Postwar Economic Order", *International Organization*, 36, primavera de 1982, pp. 379-415; Mark Granovetter, "Economic Action and Social Structure: The Problem of Embeddedness", *American Journal of Sociology*, 91, noviembre de 1985, pp. 481-510; y Peter Evans, *Embedded Autonomy: States and Industrial Transformation*, Princeton University Press, Princeton, 1995. No se conoce la inspiración precisa que lo llevó a acuñar el término, pero parece verosímil que Polanyi tomara la metáfora de las minas de carbón. Al investigar la historia económica inglesa, leyó abundantes materiales sobre la historia y tecnología de la industria minera que enfrentaba la tarea de extraer el carbón que estaba incrustado, arraigado, en las paredes de roca de la mina.

¹¹ Nada menos que el gran historiador francés Fernand Braudel lee a Polanyi de este modo. Véase Braudel, *Civilization and Capitalism Fifteenth-Eighteenth Century*, vol. 2, *The Wheels of Commerce*, trad. de Sian Reynolds, University of California Press, Berkeley, 1992, pp. 225-229.

lograron y no podían lograr esta meta. De hecho, Polanyi afirma en repetidas ocasiones que una economía de mercado desarraigada y por completo autorregulada es un proyecto utópico; es algo que no puede existir. En la primera página de la primera parte, por ejemplo, escribe: "Nuestra tesis es que la idea de un mercado autorregulado implicaba una utopía total. Tal institución no podría existir durante largo tiempo sin aniquilar la sustancia humana y natural de la sociedad; habría destruido físicamente al hombre y transformado su ambiente en un desierto".

Por qué el desarraigo no puede ser

Polanyi sostiene que la creación de una economía de mercado autorregulada requiere que los seres humanos y el ambiente natural se conviertan en simples mercancías, lo que asegura la destrucción tanto de la sociedad como del ambiente. En su opinión, los teóricos de los mercados autorregulados y sus aliados empujan de forma constante a las sociedades humanas al borde de un precipicio. Pero conforme se hacen evidentes las consecuencias de los mercados irrestrictos, los pueblos se resisten; se niegan a actuar como lémmings que marchan por un acantilado hacia un suicidio colectivo. En lugar de esto, se apartan de los dogmas de la autorregulación de los mercados para salvar de la destrucción a la sociedad y a la naturaleza. En este sentido, podría decirse que el desarraigo del mercado es similar a tensar una liga gigante. Los intentos de dar mayor autonomía al mercado aumentan la tensión. Si se estira más esta liga, se romperá —lo que representaría la desintegración social— o la economía regresará a una posición de mayor arraigo.

La lógica de este argumento descansa en la distinción de Polanyi entre mercancías reales y ficticias. Para Polanyi, la definición de mercancía es algo que se produce para venderse en un mercado. Así, la tierra, el trabajo y el dinero son mercancías ficticias porque no se produjeron originalmente para venderse en un mercado. El trabajo es tan sólo la actividad de los seres humanos, la tierra es la naturaleza fraccionada y la oferta de dinero y crédito en las sociedades modernas necesariamente se moldea según políticas gubernamentales. La economía moderna parte de la pretensión de que estas mercancías ficticias se comportan igual que las reales, pero Polanyi insiste en que este juego de manos tiene consecuencias fatales. Significa que la teorización económica se basa en una mentira, mentira que pone en peligro a las sociedades humanas.

Hay dos niveles en el argumento de Polanyi. El primero es moral, según el cual tratar a los seres humanos y la naturaleza como objetos cuyo precio se determine por entero mediante el mercado es simple y llanamente un error. Tal concepto viola los principios que rigieron a las sociedades durante siglos: a la naturaleza y a la vida humana casi siempre se les ha reconocido una dimensión sagrada. Es imposible reconciliar esta dimensión sagrada con la subordinación del trabajo y la naturaleza al mercado. En esta objeción al tratamiento de la naturaleza como mercancía Polanyi anticipa muchos de los argumentos de ambientalistas contemporáneos.¹²

El segundo nivel en el argumento de Polanyi se centra en el papel del Estado en la economía.¹³ Aunque se supone que la economía se autorregula, el Estado *debe* desempeñar la función actual de ajustar la oferta de dinero y crédito para evitar los peligros de la inflación y la deflación. De manera similar, el Estado debe manejar la demanda cambiante de mano de obra con el alivio en periodos de desempleo, con educación y capacitación para los futuros trabajadores y con el esfuerzo por influir en los flujos migratorios. En el caso de la tierra, los gobiernos han buscado mantener la continuidad en la producción alimentaria con diversos instrumentos que liberan la presión de los campesinos respecto de las presiones de las cosechas fluctuantes y los precios volátiles. En las áreas urbanas, los gobiernos manejan el uso de la tierra disponible mediante normas ambientales y de uso de suelo. En resumen, el papel de manejar las mercancías ficticias coloca al Estado dentro de tres de los mercados más importantes; es a todas luces imposible sostener la postura del liberalismo de mercado de que el Estado está "fuera" de la economía.¹⁴

Las mercancías ficticias explican la imposibilidad de desarraigar la economía. Las sociedades de mercado reales *necesitan* que el Estado desempeñe una función activa en el manejo de los mercados, y esa función requiere decisiones políticas; no puede reducirse a alguna suerte de función técnica

¹² Se indica su influencia en la economía ambiental en Herman E. Daly y John B. Cobb, Jr., *For the Common Good: Redirecting the Economy toward Community, the Environment, and a Sustainable Future*, Beacon Press, Boston, 1989.

¹³ Implícita en el argumento de Polanyi hay una crítica más específica al mercado como mecanismo autorregulado. En el caso de los artículos manufacturados, un precio descendente para un artículo abundante restaura el equilibrio *tanto por* promover un consumo creciente *como por* desalentar una nueva producción. En el caso de los artículos ficticios, la efectividad del mecanismo de precios se reduce porque no es posible asumir los aumentos o descensos automáticos de la oferta.

¹⁴ También para muchos otros artículos, la participación gubernamental es requisito para la competencia mercantil. Véase el bien titulado libro de Steven Vogel, *Freer Markets, More Rules: Regulatory Reform in Advanced Industrial Countries*, Cornell University Press, Nueva York, 1996.

o administrativa.¹⁵ Cuando las políticas estatales se mueven en dirección del desarraigo al confiar más en la autorregulación de los mercados, el pueblo se ve obligado a absorber costos mayores. Los trabajadores y sus familias se vuelven más vulnerables ante el desempleo, los campesinos se exponen a una mayor competencia de las importaciones, y a ambos grupos se les pide que lo hagan con menos derechos asistenciales. A menudo son necesarios *mayores* esfuerzos estatales para asegurar que estos grupos absorban dichos costos incrementados sin comprometerse en acciones políticas drásticas. Esto es parte de lo que Polanyi mencionaba respecto de que “el *laissez-faire* estaba planeado”; se requiere el aparato y la represión estatales para imponer al pueblo la lógica del mercado y sus riesgos subsecuentes.¹⁶

Las consecuencias de la imposibilidad

Los esfuerzos de los teóricos del libre mercado por desarraigar la economía de la sociedad están condenados al fracaso. Pero el utopismo en sí del liberalismo de mercado es un origen de su extraordinaria capacidad intelectual de recuperación. Debido a que las sociedades invariablemente retroceden ante el precipicio de la experimentación cabal de la autorregulación del mercado, sus teóricos siempre pueden sostener que cualquier fracaso no es resultado del diseño de estos mercados, sino de la falta de voluntad política para ponerlos en práctica. De este modo, no es posible desacreditar el credo de la autorregulación de los mercados por experiencias históricas; sus defensores tienen una excusa hermética para sus fracasos. El asunto más reciente en que sucedió esto fue la imposición del capitalismo de mercado en la ex Unión Soviética mediante “terapia de choque”. Aunque el fracaso

¹⁵ Los monetaristas han tratado sin éxito en repetidas ocasiones de establecer una regla fija para controlar el crecimiento de la oferta de dinero que elimine la discrecionalidad de los banqueros centrales. Sin una fórmula así, el siguiente recurso es oscurecer el papel político de los banqueros centrales al atribuirles una autoridad cuasirreligiosa y oracular. Véase William Greider, *Secrets of the Temple: How the Federal Reserve Runs the Country*, Simon & Schuster, Nueva York, 1987.

¹⁶ Éste es el punto medular del informe de Polanyi sobre la New Poor Law [Nueva ley de pobres] en Inglaterra; la creación de un mercado de trabajo requirió un drástico aumento de la represión estatal. En este punto, la interpretación de Polanyi recibió el apoyo de estudiosos posteriores, en especial Karel Williams, *From Pauperism to Poverty*, Routledge, Londres, 1981. Sobre Speenhamland, se cuestionan varios argumentos de Polanyi. Dos trabajos importantes pero conflictivos sobre la Antigua ley de pobres son K. D. M. Snell, *Annals of the Labouring Poor: Social Change and Agrarian England, 1660-1900*, Cambridge University Press, Cambridge, 1985, y George Boyer, *An Economic History of the English Poor Law, 1750-1850*, Cambridge University Press, Cambridge, 1990.

de este esfuerzo es obvio para todo el que quiera verlo, los apologistas de la “terapia de choque” aún culpan del fracaso a los políticos que cedieron demasiado pronto a las presiones sociales; si sólo hubieran persistido, se habrían materializado los beneficios prometidos de un cambio rápido hacia el mercado.¹⁷

El escepticismo extremo de Polanyi acerca del desarraigo de la economía es también el origen de su sólido argumento sobre el “doble movimiento”. Debido a que los intentos por desarraigar la economía encuentran resistencia, Polanyi sostiene que las sociedades de mercado consisten en dos movimientos opuestos: el movimiento de *laissez-faire* hacia la expansión del alcance del mercado y el contramovimiento protector que surge de la resistencia al desarraigo de la economía. Aunque los movimientos laborales han sido una pieza clave del contramovimiento protector, Polanyi declara de forma explícita que todos los grupos de la sociedad han participado en este proyecto. Por ejemplo, cuando los descensos económicos periódicos destruyeron el sistema bancario, los grupos empresariales insistieron en que debía fortalecerse el banco central para aislar la oferta interna de crédito de las presiones del mercado global.¹⁸ En una palabra, incluso los capitalistas se resisten de manera periódica a la incertidumbre y las fluctuaciones que genera la autorregulación del mercado y participan en los movimientos para aumentar la estabilidad y predecibilidad mediante formas de protección.

Polanyi insiste en que “el *laissez-faire* estaba planeado; la planeación, no”. Ataca de forma explícita a los liberales del mercado que culparon a una “conspiración colectivista” por la construcción de barreras protectoras contra el funcionamiento de los mercados globales. En lugar de esto, él sostiene que esta creación de barreras fue una respuesta espontánea de todos los grupos de la sociedad contra las presiones imposibles de un sistema de mercado autorregulado. *Tenía* que darse el contramovimiento protector para prevenir el desastre de una economía desarraigada. Polanyi sugiere que el movimiento hacia una economía de *laissez-faire* necesita el contramovimiento para crear estabilidad. Por ejemplo, cuando el movimiento de *laissez-faire*

¹⁷ Hay análisis explícitamente de Polanyi de la transición en Europa oriental y en la ex Unión Soviética en Maurice Glasman, *Unnecessary Suffering: Managing Market Utopia*, Verso, Londres, 1996; John Gray, *False Dawn: The Delusions of Global Capitalism*, Granta Books, Londres, 1998; y David Woodruff, *Money Unmade: Barter and the Fate of Russian Capitalism*, Cornell University Press, Nueva York, 1999.

¹⁸ Polanyi escribe en el capítulo 16: “La moderna banca central era en realidad esencialmente un instrumento desarrollado para ofrecer una protección sin la cual el mercado habría destruido a sus propios hijos, las empresas comerciales de todas clases”.

es muy fuerte, como lo fue en los años veinte (o los noventa) en los Estados Unidos, los excesos especulativos y la creciente desigualdad destruyen las bases de una prosperidad sostenida. Y aunque las simpatías de Polanyi están por lo general con el contramovimiento protector, también reconoce que en ocasiones se crea un peligroso punto muerto político-económico. Su análisis del ascenso del fascismo en Europa reconoce que cuando ningún movimiento fue capaz de imponer su solución a la crisis, las tensiones aumentaron hasta que el fascismo obtuvo la fortaleza para acceder al poder y romper tanto con el *laissez-faire* como con la democracia.¹⁹

La tesis de Polanyi del doble movimiento contrasta nítidamente tanto con el liberalismo de mercado como con el marxismo ortodoxo en la variedad de posibilidades que se imaginaron en cualquier momento particular. Tanto el liberalismo de mercado como el marxismo sostienen que las sociedades sólo tienen dos opciones reales: capitalismo de mercado o socialismo. Aunque con preferencias opuestas, ambas posturas concuerdan en excluir cualquier otra opción. En contraste, Polanyi insiste en que el libre capitalismo de mercado no es una opción real, sino sólo una visión utópica. Más aún, en el capítulo XIX define al socialismo como "la tendencia inherente en una civilización industrial a trascender al mercado autorregulado subordinándolo conscientemente a una sociedad democrática". Esta definición permite un papel continuo para los mercados dentro de las sociedades socialistas. Polanyi sugiere que hay distintas posibilidades disponibles en todo momento histórico, puesto que los mercados pueden arraigarse de muy diversas maneras. En general, algunas de éstas serán más eficientes en su capacidad de expandir la producción y promover las innovaciones, y otras serán más "socialistas" en la subordinación del mercado a la dirección democrática, pero la tesis de Polanyi implica que las alternativas que son tanto eficientes como democráticas estuvieron disponibles en los siglos XIX y XX.²⁰

¹⁹ Polanyi aborda el fascismo en "The Essence of Fascism", en J. Lewis, K. Polanyi y D. K. Kitchin (comps.), *Christianity and the Social Revolution*, Gollanz, Londres, 1935, pp. 359-394.

²⁰ Polanyi inspiró una corriente de pensamiento que floreció en los años ochenta y noventa; esta corriente analiza las "variedades del capitalismo" y muestra las diferencias tan significativas en las maneras en que los mercados se arraigaron en los Estados Unidos en comparación con Francia, Alemania, Japón y otras naciones. Véanse Rogers Hollingsworth y Robert Boyer (comps.), *Contemporary Capitalism: The Embeddedness of Institutions*, Cambridge University Press, Cambridge, 1997; y Colin Crouch y Wolfgang Streeck, *Political Economy of Modern Capitalism: Mapping Convergence and Diversity*, Sage, California, 1997.

El centralismo del régimen global

No obstante, Polanyi es un pensador demasiado complejo para imaginar que los países individuales están en libertad de elegir la forma particular en que desean reconciliar las dos caras del doble movimiento. Al contrario, el argumento de Polanyi es pertinente para la situación global actual justamente porque coloca las reglas que rigen la economía mundial en el centro de su marco teórico. Su argumento sobre el ascenso del fascismo en el periodo de entreguerras gira en torno al papel del patrón oro internacional en limitar las opciones disponibles para los actores dentro de los países. Para comprender esta parte del argumento de Polanyi se requiere una breve excursión a la lógica del patrón oro, pero esta excursión es apenas una digresión, pues los propósitos subyacentes del patrón oro ejercen aún una poderosa influencia en los liberales del mercado contemporáneos. Polanyi vio en el patrón oro un extraordinario logro intelectual;²¹ fue una innovación institucional que puso en práctica la teoría de los mercados autorregulados, y una vez hecho esto, tuvo el poder de hacer que estos mercados parecieran algo natural.

Los liberales del mercado desearon crear un mundo con oportunidades máximas de ampliar el alcance internacional de los mercados, pero tenían que hallar una manera en que las personas en los diversos países, con diferentes monedas, se comprometieran de manera libre en transacciones entre sí. Razonaron que si cada país accedía a tres reglas sencillas, la economía global contaría con el mecanismo perfecto para una autorregulación global. Primera, cada país establecería el valor de su moneda en relación con una cantidad fija de oro y se comprometería a comprarlo y venderlo a ese precio. Segunda, cada país basaría su oferta local de moneda en la cantidad de oro que tuviese en sus reservas, es decir, su moneda circulante se respaldaría con oro. Tercera, cada país procuraría dar a sus residentes la máxima libertad para realizar transacciones económicas internacionales.

El patrón oro echó a andar una fantástica maquinaria de autorregulación global. Las empresas en Inglaterra estaban en posibilidad de exportar bienes e invertir en todas partes del mundo, con la confianza de que las monedas en que obtenían ganancias serían "tan buenas como el oro". En teoría, si un país tiene una posición deficitaria en algún año en particular porque sus

²¹ Isaac Gervaise y David Hume elaboraron la idea por primera vez, en el siglo XVIII. Frank Fetter, *Development of British Monetary Orthodoxy, 1797-1875*, Harvard University Press, Cambridge, 1965, p. 4.

ciudadanos gastaron más en el extranjero de lo que ganaron, el oro que sale de las reservas de ese país garantiza los pagos que se deben al extranjero.²² La oferta interna de dinero y crédito se reduce de forma automática, las tasas de interés suben, caen los salarios y los precios, desciende la demanda de importaciones y las exportaciones adquieren competitividad. El déficit del país sería por tanto autoliquidatorio. Sin la pesada mano del gobierno, las cuentas internacionales de cada país alcanzarían su equilibrio. El mundo se unificaría en un solo mercado sin la necesidad de alguna clase de gobierno mundial o autoridad financiera global; la soberanía permanecería dividida entre muchos Estados-nación cuyos propios intereses los llevarían a adoptar las reglas del patrón oro de forma voluntaria.

Las consecuencias del patrón oro

Con el patrón oro se intentó crear un mercado global integrado que redujese el papel de las instancias y los gobiernos nacionales, pero sus consecuencias fueron exactamente las contrarias.²³ Polanyi muestra que cuando se adoptó con amplitud, en la década de 1870, tuvo el irónico efecto de intensificar la importancia de la nación como entidad unificada. Aunque los liberales del mercado soñaban con un mundo pacífico en el que las únicas luchas internacionales fuesen las de los individuos y las empresas para superar a sus competidores, sus intentos por realizar esos sueños mediante el patrón oro generaron dos terribles guerras mundiales.

La realidad fue que las sencillas reglas del patrón oro impusieron a los pueblos costos económicos literalmente incosteables. Cuando la estructura de precios interna de un país divergía de los niveles de precios internacionales, el *único* medio legítimo para que ese país se ajustara al flujo de las reservas de oro era la deflación. Esto significaba permitir que su economía se contrajese hasta que los salarios en descenso redujeran el consumo lo suficiente para

²² El mecanismo mediante el cual saldría el oro es igual de ingenioso y no requiere acción gubernamental. Debido a que la gente en la nación deficitaria gasta más en el extranjero de lo que recibe, el valor de su moneda —al tener una mayor oferta— disminuye en relación con otras monedas. Cuando ese valor desciende más de cierto nivel, llamado el punto oro, es costeable para los banqueros internacionales cambiar esa moneda por oro y enviar éste al extranjero, donde tiene un precio mayor. De esta forma, el oro se desplaza de países deficitarios a países superavitarios.

²³ Como Polanyi sabía, en la práctica, la operación del patrón oro divergía de forma considerable de la teoría. Véase Barry Eichengreen, *Globalizing Capital: A History of the International Monetary System*, Princeton University Press, Princeton, 1996.

restaurar la balanza externa. Esto implicaba descensos drásticos de los salarios y de los ingresos agrícolas, aumento del desempleo y una aguda alza en bancarrotas empresariales y bancarias.

No sólo a los trabajadores y campesinos les pareció alto el costo de este tipo de ajuste. La comunidad empresarial misma no toleraba la incertidumbre e inestabilidad resultantes. Por ende, casi tan pronto como se puso en práctica el mecanismo del patrón oro, sociedades enteras comenzaron a organizarse para tratar de contrarrestar sus efectos. Un primer recurso para los países fue aumentar sus aranceles proteccionistas en bienes tanto agrícolas como manufacturados.²⁴ Al hacer los flujos comerciales menos sensibles a los cambios de precios, los países ganaban cierto grado de certidumbre en sus transacciones internacionales y eran menos vulnerables a las salidas repentinas e inesperadas de oro.

Otro asunto fue la prisa de las principales potencias europeas, los Estados Unidos y Japón por establecer colonias formales en el último cuarto del siglo XIX. La lógica del libre comercio tenía un fuerte carácter anticolonialista, pues los costos de ser un imperio no se compensaban con los beneficios correspondientes si todos los comerciantes tenían acceso a los mismos mercados y oportunidades de inversión. Pero con el auge del proteccionismo en el comercio internacional, este cálculo se revirtió. Las colonias recién adquiridas se protegerían con los aranceles de las potencias imperialistas, y los comerciantes colonizadores tendrían un acceso privilegiado a los mercados de las colonias y a sus materias primas. La "prisa por ser imperio" de este periodo intensificó la rivalidad política, militar y económica entre Inglaterra y Alemania que culminó en la primera Guerra Mundial.²⁵

Para Polanyi, el impulso imperialista no se encuentra en algún lugar del código genético de las naciones, sino que se materializa conforme las naciones luchan por encontrar alguna manera de protegerse de las presiones implacables del sistema del patrón oro. El flujo de recursos de una colonia lucrativa podía salvar a la nación de una dolorosa crisis ocasionada por una salida súbita de oro, y la explotación de las poblaciones extranjeras

²⁴ Peter Gourevitch, *Politics in Hard Times: Comparative Responses to International Economic Crises*, Cornell University Press, Nueva York, 1986, cap. 3; Christopher Chase-Dunn, Yukio Kawano y Benjamin Brewer, "Trade Globalization since 1795: Waves of Integration in the World-System", *American Sociological Review*, 65, febrero de 2000, pp. 77-95.

²⁵ El argumento de Polanyi es muy distinto de la tesis de Lenin de que la intensificación de los conflictos interimperialistas es producto del crecimiento del capital financiero en la etapa final del desarrollo capitalista. Polanyi se esfuerza en sostener que los capitalistas financieros pueden ser una fuerza importante para prevenir la guerra.

ayudaría a evitar que las relaciones internas de clase adquiriesen aún más explosividad.

Polanyi sostiene que el utopismo de los liberales del mercado los llevó a inventar el patrón oro como un mecanismo que produciría un mundo sin fronteras y de prosperidad creciente. En cambio, los choques despiadados del patrón oro obligaron a las naciones a consolidarse en torno a intensificadas fronteras nacionales y después imperiales. El patrón oro siguió ejerciendo una presión disciplinaria en las naciones, pero su funcionamiento se vio socavado de manera efectiva por el aumento de diversas formas de proteccionismo, desde barreras arancelarias hasta la formación de imperios. E incluso cuando este contradictorio sistema se vino abajo por completo con la primera Guerra Mundial, el patrón oro era aceptado a un grado tal que los hombres de Estado se apresuraron a restaurarlo. Todo el drama tuvo lugar de forma trágica una vez más en los años veinte y treinta, conforme las naciones se vieron obligadas a elegir entre proteger la tasa de cambio o a sus ciudadanos. Fue de este punto muerto de donde surgió el fascismo. En opinión de Polanyi, el impulso fascista —proteger a la sociedad del mercado mediante el sacrificio de las libertades personales— era universal, pero las circunstancias locales determinaron dónde llegarían al poder los regímenes fascistas.

IMPORTANCIA CONTEMPORÁNEA

Los argumentos de Polanyi son importantes para los debates contemporáneos acerca de la globalización porque los neoliberales tienen la misma visión utópica que inspiró el patrón oro. Desde el final de la Guerra Fría, insisten en que la integración de la economía global hace obsoletas las fronteras nacionales y echa los cimientos para una nueva era de paz mundial. Una vez que las naciones reconozcan la lógica del mercado global y abran sus economías al libre paso de bienes y capitales, los conflictos internacionales se sustituirán con una competencia benigna para producir bienes y servicios cada vez más apasionantes. Como sus predecesores, los neoliberales insisten en que todo lo que deben hacer las naciones es confiar en la efectividad de los mercados autorregulados.

En general, el sistema financiero global actual es muy distinto del patrón oro. Las tasas de cambio y las monedas nacionales ya no se fijan en relación con el oro; se permite que el valor de la mayoría de las monedas fluctúe en los mercados cambiarios extranjeros. Hay también instituciones financieras

internacionales poderosas, como el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, que desempeñan un papel central en el manejo del sistema global. Pero detrás de estas importantes diferencias hay un común denominador fundamental: la creencia de que si se les da a los individuos y las empresas total libertad para perseguir sus intereses económicos, el mercado global haría rico a todo el mundo.

Esta creencia básica está detrás de los intentos sistemáticos de los neoliberales por dismantelar las limitaciones a los flujos comerciales y de capitales, y por reducir la “interferencia” gubernamental en la organización de la vida económica. Thomas Friedman, influyente defensor de la globalización, escribe:

Cuando un país reconoce [...] las reglas del libre mercado en la economía global actual, y decide acatarlas, se pone lo que llamo “la camisa de fuerza dorada”. Esta camisa de fuerza dorada es la prenda político-económica distintiva de esta era de globalización. La Guerra Fría tuvo el traje estilo Mao, el saco estilo Nehru, los abrigos de pieles rusos. La globalización, sólo la camisa de fuerza dorada. Si un país aún no se prueba la suya, lo hará pronto.²⁶

Friedman continúa y afirma que la “camisa de fuerza dorada” requiere adelgazar al Estado, retirar restricciones a los movimientos de bienes y capitales y desregular los mercados cambiarios. Además, describe gozoso la forma en que las limitaciones de esta prenda son impuestas por un “rebaño electrónico” de comerciantes internacionales en mercados cambiarios y financieros internacionales.

El análisis de Polanyi de las tres mercancías ficticias nos enseña que esta visión neoliberal de ajuste automático de los mercados en el ámbito global es una fantasía peligrosa. Así como las economías nacionales dependen de un activo papel gubernamental, también la economía global necesita instituciones regulatorias fuertes, incluso un aval de último recurso. Sin tales instituciones, las economías particulares —y quizá la economía global entera— sufrirán crisis económicas abrumadoras.

Sin embargo, el punto más importante que se aprende de Polanyi es que el liberalismo de mercado exige a la gente normal lo que sencillamente no puede dar. Trabajadores, campesinos y pequeños comerciantes no tolerarán ningún periodo de organización económica que los sujete a drásticas fluctuaciones periódicas de sus circunstancias económicas cotidianas. En resumen, la utopía neoliberal de un mundo pacífico sin fronteras requiere que millones de personas comunes y corrientes en todo el mundo tengan la flexi-

²⁶ Thomas Friedman, *The Lexus and the Olive Tree*, Farrar, Strauss, Nueva York, 1999, p. 86.

bilidad de tolerar —quizá con tanta frecuencia como cada cinco o 10 años— una prolongada racha en la que deban subsistir con la mitad o menos de lo que ganaban antes. Polanyi cree que esperar esa clase de flexibilidad es tanto moralmente equivocado como profundamente irreal. Para él, es inevitable que los pueblos se movilicen para protegerse de estos choques económicos.

Más aún, el reciente periodo de ascenso del neoliberalismo ya fue testigo de amplias protestas en todo el mundo para resistir los trastornos económicos de la globalización.²⁷ Conforme se intensifiquen las incomodidades, el orden social se hará más problemático y aumentará el peligro de que los líderes políticos busquen distraer el descontento con chivos expiatorios internos o externos. Así es como la visión utópica de los liberales lleva no a la paz sino a mayores conflictos. Por ejemplo, en muchas partes de África los efectos devastadores de las políticas estructurales de ajuste han desintegrado a sociedades y generado hambrunas y guerras civiles. En otros lugares, el periodo posterior a la Guerra Fría ha visto el surgimiento de regímenes nacionalistas castrenses con intenciones agresivas hacia sus vecinos y sus propias minorías étnicas.²⁸ Por si no bastase, en cada esquina del globo los movimientos militantes —a menudo entremezclados con fundamentalismos religiosos— están listos para sacar partido de los choques económicos y sociales de la globalización. Si Polanyi está en lo correcto, estos signos de desestabilización son heraldos de circunstancias aún más peligrosas en el futuro.

OPCIONES DEMOCRÁTICAS

Aunque escribió *La gran transformación* durante la segunda Guerra Mundial, Polanyi se mantenía optimista sobre el futuro; creía que el ciclo de conflictos internacionales podía romperse. El paso clave era eliminar la creencia de que la vida social debía subordinarse al mecanismo de mercado. Una vez libre de esta “obsoleta mentalidad de mercado”, se abriría el camino para subordinar tanto las economías nacionales como la global a las políticas democráticas.²⁹ Polanyi vio en el Nuevo Trato de Roosevelt un modelo de estas posibilidades futuras. Las reformas de Roosevelt implicaron que la economía

²⁷ John Walton y David Seddon, *Free Markets and Food Riots: The Politics of Global Adjustment*, Blackwell, Cambridge, 1994.

²⁸ Hay un argumento de que muchos ejemplos recientes de trastornos globales se relacionan con el régimen económico internacional en Michel Cossudovsky, *The Globalization of Poverty: Impacts of IMF and World Bank Reforms*, Third World Network, Malasia, 1997.

²⁹ “Obsolete Market Mentality” [Mentalidad obsoleta de mercado] es el título que dio Polanyi a un importante ensayo de 1947, reimpreso en Dalton, *Primitive, Archaic, and Modern Economies*.

estadunidense seguiría organizándose en torno a los mercados y a la actividad mercantil, pero un nuevo conjunto de mecanismos regulatorios posibilitaban ahora proteger, tanto a los seres humanos como a la naturaleza, de las presiones de las fuerzas del mercado.³⁰ Mediante una política democrática, el pueblo decidiría que la gente mayor recibiera protección contra la necesidad de ganar dinero mediante la seguridad social. De manera similar, las políticas democráticas ampliaron los derechos de la clase trabajadora para formar sindicatos eficaces mediante la National Labor Relations Act [Ley Nacional de Relaciones Laborales]. Polanyi vio en estas iniciativas el comienzo de un proceso mediante el cual la sociedad decidiría con medios democráticos proteger a los individuos y a la naturaleza de ciertos peligros económicos.

En el ámbito global, Polanyi anticipó un orden económico internacional con altos índices de comercio y cooperación internacionales. No esbozó planos, sino que fue claro en los principios:

Sin embargo, con la desaparición del mecanismo automático del patrón oro, los gobiernos estarán en posibilidad de eliminar las características más obstruccionistas de la soberanía absoluta, el rechazo a colaborar en la economía internacional. Al mismo tiempo, les será posible tolerar de buen grado que otras naciones manejen sus instituciones internas según sus inclinaciones, y trasciendan de este modo el pernicioso dogma decimonónico de la uniformidad necesaria de los regímenes internos dentro de la órbita de la economía mundial.

En otras palabras, la colaboración entre los gobiernos produciría un conjunto de acuerdos que facilitarían altos índices de comercio internacional, pero las sociedades tendrían múltiples medios para protegerse de las presiones de la economía global. Además, con el fin de un modelo económico único, las naciones en desarrollo tendrían mayores oportunidades de mejorar el bienestar de sus pueblos. Esta visión supone también un conjunto de estructuras regulatorias que pondría límites a las fuerzas del mercado.³¹

La visión de Polanyi depende de la expansión del papel del gobierno de manera tanto interna como externa. Desafía la opinión hoy de moda de que más gobierno genera de modo inevitable tanto malos resultados económicos como un excesivo control estatal de la vida social. Para él, es indispen-

³⁰ En realidad el Nuevo Trato poco hizo por proteger el ambiente. No obstante, cuando más tarde los ambientalistas obtuvieron poder político para promover reformas, algunas secretarías, como la Environmental Protection Agency [Agencia para la Protección Ambiental], siguieron el modelo regulatorio del Nuevo Trato.

³¹ Para más información sobre esfuerzos recientes de concretar esta visión, véase John Eatwell y Lance Taylor, *Global Finance at Risk: The Case for International Regulation*, New Press, Nueva York, 2000.

el sistema mercantilista, se volvieron en efecto la preocupación principal del gobierno; pero todavía no había señales del futuro control de los mercados sobre la sociedad humana. Por el contrario, la regulación y la regimentación eran más estrictas que nunca; la idea misma de un mercado autorregulado estaba ausente. Para comprender el cambio repentino a un tipo de economía totalmente nuevo, en el siglo XIX debemos ocuparnos ahora de la historia del mercado, una institución que prácticamente olvidamos en nuestra reseña de los sistemas económicos del pasado.

V. LA EVOLUCIÓN DEL PATRÓN DE MERCADO

EL PAPEL DOMINANTE desempeñado por los mercados en la economía capitalista, aunado a la importancia básica del principio del trueque o el intercambio en la economía, requiere una investigación cuidadosa de la naturaleza y el origen de los mercados, si quieren descartarse las supersticiones económicas del siglo XIX.¹

El trueque, el pago en especie y el intercambio constituyen un principio del comportamiento económico cuya eficacia depende del patrón del mercado. Un mercado es un lugar de reunión para la realización del trueque o la compra-venta. Si tal patrón no está presente, por lo menos en parches, la propensión al trueque encontrará un campo insuficiente: no podrá generar precios.² Así como la reciprocidad se ve auxiliada por un patrón de organización simétrico, como la redistribución se facilita por cierto grado de centralización, y como la actividad hogareña debe basarse en la autarquía, el principio del trueque depende del patrón de mercado para ser eficaz. Pero del mismo modo que la reciprocidad, la redistribución o la actividad hogareña deben ocurrir en una sociedad sin predominar en ella, el principio del trueque puede ocupar también un lugar subordinado en una sociedad donde otros principios van en ascenso.

Sin embargo, el principio del trueque no se encuentra estrictamente a la par con los otros tres principios en algunos otros sentidos. El patrón de mercado, con el que se asocia, es más específico que la simetría, la centralidad o la autarquía, que en contraste con el patrón de mercados son meros "rasgos" y no crean instituciones diseñadas sólo para una función. La simetría no es más que un arreglo sociológico, que no origina instituciones separadas sino que sólo difunde las existentes (el hecho de que una tribu o una aldea tengan un patrón simétrico o no, no involucra una institución distintiva). La centralidad crea con frecuencia instituciones distintivas, pero no

¹ Véanse las notas sobre las fuentes, p. 340.

² Hawtrey, G. R., *The Economic Problem*, 1925, p. 13. "La aplicación práctica del principio del individualismo depende por entero del intercambio." Sin embargo, Hawtrey estaba errado al suponer que la existencia de los mercados seguía simplemente a la práctica del intercambio.

implica ninguna motivación que separe a la institución resultante para una sola función específica (por ejemplo, el jefe de una aldea o el funcionario central podrían asumir diversas funciones políticas, militares, religiosas o económicas, indiscriminadamente). Por último, la autarquía económica es sólo un rasgo accesorio de un grupo cerrado existente.

Por otra parte, el patrón de mercado, relacionado con una peculiar motivación propia, la motivación del pago en especie o el trueque, es capaz de crear una institución específica: el mercado. En última instancia, es por ello que el control del sistema económico por parte del mercado es fundamentalmente importante para la organización total de la sociedad: ello significa nada menos que la administración de la sociedad como un adjunto del mercado. En lugar de que la economía se incorpore a las relaciones sociales, éstas se incorporan al sistema económico. La importancia vital del factor económico para la existencia de la sociedad impide cualquier otro resultado. Una vez organizado el sistema económico en instituciones separadas, basadas en motivaciones específicas y creadoras de una posición especial, la sociedad deberá configurarse de tal modo que ese sistema pueda funcionar de acuerdo con sus propias leyes. Éste es el significado de la aseveración familiar de que una economía de mercado sólo puede funcionar en una sociedad de mercado.

Es en efecto crucial el paso que convierte a los mercados aislados en una economía de mercado, los mercados regulados en un mercado autorregulado. El siglo XIX —ya fuese aclamado el hecho como la cúspide de la civilización o deplorándolo como un crecimiento canceroso— imaginaba ingenuamente que tal desarrollo era el resultado natural de la difusión de los mercados. No se advertía que la conexión de los mercados en un sistema autorregulado de enorme poder no se debía a ninguna tendencia inherente de los mercados hacia la excrescencia, sino al efecto de estimulantes muy artificiales, administrados al cuerpo social para afrontar una situación creada por el fenómeno no menos artificial de la máquina. No se reconoció la naturaleza limitada y nada expansiva del patrón de mercado como tal; y sin embargo, es un hecho que surge con claridad convincente de la investigación moderna.

“Los mercados no se encuentran en todas partes; su ausencia indica cierto aislamiento y una tendencia hacia la seclusión, pero no se asocia a ningún desarrollo particular, como ocurre también con su presencia.” Esta frase seca de la *Economics in Primitive Communities*, de Thurnwald, resume los resultados importantes de la investigación moderna sobre el tema. Otro autor

repite acerca del dinero lo que Thurnwald dijera de los mercados: “El mero hecho de que una tribu usara dinero la diferenciaba muy poco, en términos económicos, de otras tribus del mismo nivel cultural que no lo usaran.” Convendrá señalar algunas de las implicaciones más sorprendentes de estas aseveraciones.

La presencia o ausencia de mercados o de dinero no afecta necesariamente al sistema económico de una sociedad primitiva: esto refuta el mito decimonónico de que el dinero fue una invención cuya aparición transformó inevitablemente a una sociedad creando mercados, acelerando el paso de la división del trabajo, y liberando la propensión natural del hombre a trocar, pagar en especie e intercambiar. En efecto, la historia económica ortodoxa se basaba en una concepción inmensamente exagerada de la importancia de los mercados como tales. “Cierta aislamiento”, o quizá una “tendencia hacia la seclusión”, es el único aspecto económico que puede inferirse correctamente de su ausencia; por lo que se refiere a la organización interna de una economía, su presencia o ausencia no importará necesariamente.

Las razones son simples. Los mercados no son instituciones que funcionen principalmente dentro de una economía, sino fuera de ella. Son lugares de reunión para el comercio a larga distancia. Los mercados locales propiamente dichos tienen escasa importancia. Además, ni los mercados a larga distancia ni los mercados locales son esencialmente competitivos, y en consecuencia hay en ambos casos escasa presión para crear un comercio territorial, un mercado interno o nacional. Cada una de estas aseveraciones ataca algún supuesto axiomático de los economistas clásicos, pero se deriva estrictamente de los hechos revelados por la investigación moderna.

En efecto, la lógica es casi la opuesta a la que se encuentra detrás de la doctrina clásica. La enseñanza ortodoxa partía de la propensión individual al trueque; deducía de allí la necesidad de mercados locales y de la división del trabajo; e infería por último la necesidad del comercio, eventualmente del comercio exterior, incluido el de larga distancia. De acuerdo con lo que ahora sabemos, casi debiéramos invertir la secuencia del argumento: el verdadero punto de partida es el comercio a larga distancia, un resultado de la ubicación geográfica de los bienes, y de la “división del trabajo” dada por la ubicación. El comercio a larga distancia engendra a menudo mercados, una institución que involucra actos de trueque y, si se usa dinero, de compra-venta, de modo que eventualmente, pero de ningún modo necesariamente, ofrece a algunos individuos una ocasión para aplicar la supuesta propensión a la negociación y el regateo.

El aspecto dominante de esta doctrina es el origen del comercio en una esfera externa no relacionada con la organización interna de la economía. "La aplicación de los principios observados en la caza y la obtención de bienes ubicados *fuera de los límites del distrito* condujeron a ciertas formas del intercambio que más tarde contemplamos como comercio."³ Cuando buscamos el origen del comercio, nuestro punto de partida debe ser la obtención de bienes a distancia, como en una cacería.

Cada año, en julio o en agosto, los Dieri de Australia central realizan una expedición hacia el sur para obtener el ocre rojo que usan para pintar sus cuerpos... Sus vecinos, los Yantruwunta, organizan expediciones similares para recolectar ocre rojo y piedras areniscas, para moler la semilla de zacate, en las colinas de Flinders, a 800 kilómetros de distancia. En ambos casos podría haber necesidad de pelear por los artículos deseados, si los habitantes locales se resisten a su extracción.

Esta clase de requisa o caza de tesoros es claramente tan similar al robo y la piratería como a lo que estamos acostumbrados a considerar como un comercio; básicamente, es un asunto unilateral. Se vuelve bilateral, es decir, "cierta forma de intercambio", a menudo sólo mediante el chantaje practicado por los poderes establecidos; o mediante arreglos de reciprocidad, como en el anillo Kula, como con las fiestas de visitantes de los Pengwe de África occidental, o con los Kpelle, donde el jefe monopoliza el comercio exterior al insistir en entretener a todos los huéspedes. Es cierto que tales visitas no son accidentales, pero en nuestros términos, no en los de ellos: genuinos viajes comerciales; sin embargo, el intercambio de bienes se realiza siempre bajo el disfraz de regalos recíprocos y de ordinario mediante devoluciones de visitas.

Llegamos a la conclusión de que, mientras que las comunidades humanas no parecen haber renunciado jamás por entero al comercio exterior, tal comercio no involucraba necesariamente a los mercados. Originalmente, el comercio exterior tiene más de aventura, exploración, cacería, piratería y guerra que de trueque. Puede implicar tan poca paz como bilateralidad, y aun cuando implique a ambos, se organiza de ordinario de acuerdo con el principio de la reciprocidad, no del trueque.

La transición al trueque pacífico puede rastrearse en dos direcciones: la del trueque y la de la paz. Como antes vimos, una expedición tribal podría tener que satisfacer las condiciones establecidas por los poderosos locales,

³ Thurnwald, R. C., *Economics in Primitive Communities*, 1932, p. 147.

quienes podrían extraer cierta contrapartida de los extranjeros; este tipo de relación no es enteramente pacífica, pero podría dar lugar al trueque: la actividad unilateral se transformará en una actividad bilateral. La otra línea de desarrollo es la del "comercio silencioso", como se observa en la selva africana, donde se evita el riesgo del combate mediante una tregua organizada, y el elemento de paz y confianza se introduce en el comercio, con la debida circunspección.

En una etapa posterior, como todos sabemos, los mercados se vuelven predominantes en la organización del comercio exterior. Pero desde el punto de vista económico, los mercados externos son enteramente distintos de los mercados locales o los mercados internos. No sólo difieren en tamaño, sino que sus instituciones tienen funciones y orígenes diferentes. El comercio exterior se realiza mientras se carezca de algunos tipos de bienes en la región: el intercambio de lanas inglesas por vinos portugueses era un ejemplo. El comercio local se limita a los bienes de esta región, los que no se pueden transportar porque son demasiado pesados, voluminosos o perecederos. Así pues, el comercio exterior y el comercio local se relacionan con la distancia geográfica: uno se confina a los bienes que no pueden superarla; el otro sólo a los bienes que sí pueden hacerlo. El comercio de este tipo se describe justamente como complementario. El intercambio local entre la ciudad y el campo, y el comercio exterior entre diferentes zonas climáticas, se basan en este principio. Tal comercio no implica necesariamente la competencia, y si ésta tendiera a desorganizar al comercio, no habrá contradicción en su eliminación. En cambio, el comercio interno es esencialmente competitivo, por oposición al externo y al local; aparte de los cambios complementarios, incluye un número mucho mayor de intercambios en los que se ofrecen en competencia recíproca bienes similares provenientes de fuentes diferentes. En consecuencia, la competencia tiende a aceptarse como un principio general del comercio sólo con el surgimiento del comercio interno o nacional.

Estos tres tipos de comercio que difieren marcadamente en su función económica difieren también en su origen. Hemos examinado los inicios del comercio exterior. Los mercados se desarrollaron naturalmente a partir de tal comercio cuando las caravanas tenían que detenerse en los vados, los puertos marítimos, las desembocaduras de los ríos, o donde se unían las rutas de dos expediciones terrestres. Se desarrollaron "puertos" en los lugares de trasbordo.⁴ El breve florecimiento de las famosas ferias de Europa fue otro

⁴ Pirenne, H., *Medieval Cities*, 1925, p. 148 (nota 12).

caso en que el comercio a larga distancia produjo un tipo de mercado definido; los emporios ingleses constituyeron otro ejemplo. Pero si las ferias y los emporios desaparecieron también con una rapidez desconcertante para los evolucionistas extremos, el *portus* estaba destinado a desempeñar un papel prominente en la formación de ciudades en Europa occidental. Pero aun cuando las ciudades se fundaron en los sitios de mercados externos, los mercados locales permanecían a menudo separados, no sólo en lo referente a la función sino también a la organización. Ni el puerto, ni la feria, ni el emporio fueron los antecesores de los mercados internos o nacionales. ¿En dónde deberíamos buscar entonces su origen?

Podría parecer natural suponer que, dados los actos de trueque individuales, a través del tiempo conducirían al desarrollo de mercados locales, y que tales mercados, una vez establecidos, conducirían naturalmente al establecimiento de mercados internos o nacionales. Pero no ocurrió ni lo uno ni lo otro. Los actos individuales de trueque o intercambio no conducen por regla general al establecimiento de mercados en las sociedades donde prevalecen otros principios del comportamiento económico. Tales actos son comunes en casi todos los tipos de la sociedad primitiva, pero se consideran incidentales porque no proveen los bienes de subsistencia. En los vastos sistemas de redistribución de la Antigüedad, los actos de trueque y los mercados locales constituían un aspecto habitual pero subordinado. Lo mismo se aplica cuando rige la reciprocidad: los actos de trueque se incorporan aquí, de ordinario, en relaciones de largo alcance que implican la confianza, una situación que tiende a ocultar el carácter bilateral de la transacción. Los factores limitantes surgen de todos los puntos del abanico sociológico; la costumbre y el derecho, la religión y la magia contribuyen igualmente al resultado: la restricción de los actos de intercambio respecto de personas y objetos, tiempo y ocasión. Por regla general, quien trueca realiza simplemente un tipo de transacción establecido en el que están dados los objetos y sus cantidades equivalentes. *Utu* denota en el lenguaje de los tikopia⁵ tal equivalente tradicional como parte del intercambio recíproco. Lo que parecía la característica esencial del intercambio para el pensamiento del siglo XVIII, el elemento voluntarista de la negociación, y el regateo tan expresivo de la motivación supuesta del trueque, apenas aparece en la transacción efectiva; en la medida en que esta motivación se encuentre detrás del procedimiento, raras veces se permite que salga a la superficie.

⁵ Firth, R., *Primitive Polynesian Economics*, 1939, p. 347.

De ordinario se da vía libre a la motivación opuesta. El donante podría dejar caer simplemente el objeto al suelo, y el receptor pretenderá recogerlo accidentalmente, o incluso dejar que uno de sus dependientes lo haga. Nada podría ser más contrario al comportamiento aceptado que examinar cuidadosamente la contrapartida recibida. Ya que tenemos todas las razones para creer que esta actitud refinada no es el resultado de una genuina falta de interés en el aspecto material de la transacción, podríamos describir la etiqueta del trueque como un desarrollo contrario, destinado a limitar el alcance de la negociación.

En efecto, de acuerdo con la información disponible sería apresurado afirmar que los mercados locales surgieron de actos de trueque individuales. Aunque los inicios de los mercados locales son oscuros, puede afirmarse lo siguiente: esta institución se vio rodeada desde el principio por varias salvaguardias destinadas a proteger la organización económica prevaleciente en la sociedad contra la interferencia de las prácticas del mercado. La paz del mercado se logró al precio de rituales y ceremonias que restringieron su alcance al mismo tiempo que aseguraban su capacidad para funcionar dentro de límites estrechos dados. En efecto, el resultado más importante de los mercados —el surgimiento de las ciudades y de la civilización urbana— se debió a un desarrollo paradójico. Las ciudades, criaturas de los mercados, no fueron sólo sus protectores, sino también los medios para impedir su expansión hacia el campo y la afectación de la organización económica prevaleciente en la sociedad. Los dos significados de la palabra “contener” expresan quizá con mayor precisión esta doble función de las ciudades en lo referente a los mercados que albergaban y cuyo desarrollo impedían a la vez.

Si el trueque está rodeado de tabúes diseñados para impedir que este tipo de relación humana abuse de las funciones de la organización económica propiamente dicha, la disciplina del mercado era más estricta aún. Veamos un ejemplo del país de los Chaga:

El mercado debe ser regularmente visitado los días de mercado. Si algún suceso impidiera la celebración del mercado en uno o más días, los negocios no podrían reanudarse mientras no se hubiese purificado el sitio del mercado... Toda lesión que ocurriera en el sitio del mercado y que involucrara derramamiento de sangre requería una expiación inmediata. A partir de ese momento, ninguna mujer podría salir del sitio del mercado y no podría tocarse ninguno de los bienes; éstos tendrían que limpiarse antes de que pudieran llevarse y usarse como alimento. Por lo menos una cabra tendría que ser sacrificada de inmediato. Se requería una expia-

ción más cara y más seria si una mujer diera a luz o sufriera un aborto en el sitio del mercado. En ese caso se requería un animal lactante. Además, la casa del jefe tendría que ser purificada mediante la sangre de sacrificio de una vaca lechera. Todas las mujeres del país serían así rociadas, distrito por distrito.⁶

Esta clase de reglas no facilitarían la difusión de los mercados.

El mercado local característico, en el que las amas de casa obtienen sus abastos diarios y los cultivadores de granos o vegetales ofrecen en venta sus productos, al igual que los artesanos locales, revela una sorprendente indiferencia acerca del tiempo y el lugar. Las reuniones de esta clase no son sólo bastante generales en las sociedades primitivas, sino que permanecen casi sin cambio hasta mediados del siglo XVIII en los países más avanzados de Europa occidental. Son un adjunto de la existencia local y difieren poco si forman parte de la vida tribal de África central o de una *cité* de Francia merovingia, o de una aldea escocesa de la época de Adam Smith. Pero lo que se aplica a la aldea se aplica también a la ciudad. Esencialmente, los mercados locales son mercados de vecindad, y aunque son importantes para la vida de la comunidad, en ninguna parte parecen reducir el sistema económico prevaleciente a su patrón. No eran los puntos de partida del comercio interno o nacional.

El comercio interno de Europa occidental fue creado efectivamente por la intervención del Estado. Hasta la época de la Revolución comercial, lo que podría parecerse un comercio nacional no era tal, sino un comercio municipal. La hansa no eran comerciantes alemanes; era una corporación de oligarcas comerciantes, provenientes de varias ciudades del Mar del norte y del Báltico. Lejos de "nacionalizar" la vida económica alemana, la hansa excluyó deliberadamente el interior del comercio internacional. El comercio de Amberes o Hamburgo, Venecia o Lyon, no era holandés o alemán, italiano o francés. Londres no era una excepción: era tan poco "inglés" como Luebeck era "alemán". El mapa comercial de Europa en este periodo debiera mostrar sólo ciudades y dejar en blanco el campo, el que podría no haber existido por lo que se refiere al comercio organizado. Las llamadas naciones eran sólo unidades políticas, y muy laxas incluso, integradas en lo económico por innumerables familias más pequeñas y en gran medida autosuficientes y por mercados locales insignificantes en las aldeas. El comercio se limitaba a las ciudades organizadas que lo realizaban localmente, como comercio de vecindad, o como comercio a larga distancia; ambos comercios estaban

⁶ Thurnwald, R. C., *op. cit.*, pp. 162-164.

estrictamente separados, y no se permitía que ninguno de ellos se infiltrara en el campo indiscriminadamente.

Tal separación permanente del comercio local y el comercio a larga distancia dentro de la organización de la ciudad debe constituir otro choque para el evolucionista, para quien siempre parecen encajar muy bien las cosas. Y sin embargo, este hecho peculiar constituye la clave para la historia social de la vida urbana en Europa occidental. Tiende a apoyar fuertemente nuestra tesis acerca del origen de los mercados que inferimos de las condiciones existentes en las economías primitivas. La nítida distinción trazada entre el comercio local y el comercio a larga distancia pudo haber parecido demasiado rígida, sobre todo porque nos condujo a la sorprendente conclusión de que ni el comercio a larga distancia ni el comercio local fueron los ancestros del comercio interno de la época moderna, de modo que aparentemente no queda más alternativa que buscar una explicación en el *deus ex machina* de la intervención estatal. Veremos en seguida, en este sentido, que también las investigaciones recientes soportan nuestras conclusiones. Pero antes presentaremos un bosquejo de la historia de la civilización urbana configurada por la separación peculiar del comercio local y el comercio a larga distancia dentro de los confines del pueblo medieval.

En efecto, esta separación se encontraba en la base de las instituciones de los centros urbanos medievales.⁷ La ciudad fue una organización de los burgueses. Sólo ellos tenían el derecho de ciudadanía, y el sistema descansaba sobre la distinción existente entre los burgueses y los demás. Ni los campesinos del campo ni los comerciantes de otras ciudades eran naturalmente burgueses. Pero si la influencia militar y política de la ciudad permitía tratar con los campesinos de los alrededores, tal autoridad no podía ejercerse respecto del comerciante extranjero. En consecuencia, los burgueses se encontraban en una posición enteramente diferente respecto del comercio local y el comercio a larga distancia.

En cuanto a los abastos de alimentos, la regulación involucraba la aplicación de métodos tales como la publicidad forzosa de las transacciones y la exclusión de los intermediarios, a fin de controlar el comercio y protegerse contra los precios altos. Pero tal regulación sólo era eficaz en lo referente al comercio realizado entre la ciudad y sus alrededores. La posición era enteramente diferente en lo que se refiere al comercio a gran distancia. Las especias, el pescado salado o el vino debían ser transportados a grandes

⁷ Seguimos en nuestra presentación las obras bien conocidas de H. Pirenne.

distancias, de modo que estaban en el dominio del comerciante extranjero y sus métodos capitalistas de comercio de mayoreo. Este tipo de comercio escapaba a la regulación local y sólo se le podía excluir del mercado local en la medida de lo posible. La prohibición completa de las ventas de menudeo por parte de los comerciantes extranjeros trataba de alcanzar este fin. A medida que crecía el volumen del comercio capitalista de mayoreo, más se le excluía de los mercados locales en lo referente a las importaciones.

Por lo que se refiere a los productos industriales, la separación del comercio local y de larga distancia era más profunda aún, ya que en este caso se veía más afectada toda la organización de la producción. La razón de esto se encontraba en la naturaleza misma de los gremios de artesanos donde se organizaba la producción industrial. En el mercado local, la producción se regulaba de acuerdo con las necesidades de los productores, restringiendo así la producción a un nivel remunerador. Naturalmente, este principio no se aplicaría a las exportaciones, donde los intereses de los productores no fijaban límites para la producción. En consecuencia, mientras que el comercio local estaba estrictamente regulado, la producción para la exportación sólo estaba formalmente controlada por las corporaciones de oficios. La industria de exportación más prominente de la época, el comercio de telas, estaba efectivamente organizada sobre la base capitalista del trabajo asalariado.

Una separación cada vez más estricta del comercio local frente al comercio de exportación fue la reacción de la vida urbana ante la amenaza del capital móvil de desintegrar las instituciones de la ciudad. La ciudad medieval característica no trataba de evitar el peligro salvando la brecha existente entre el mercado local controlable y las vicisitudes de un comercio a larga distancia incontrolable, sino que afrontó el peligro directamente, aplicando con el mayor rigor la política de exclusión y protección que era la *razón* de su existencia.

En la práctica, esto significaba que las ciudades planteaban todos los obstáculos posibles para la formación del mercado nacional o interno por el que estaba presionando el comerciante mayorista. Manteniendo el principio de un comercio local no competitivo y un comercio a larga distancia igualmente no competitivo que iba de una ciudad a otra, los burgueses obstruían por todos los medios a su disposición la inclusión del campo en el abanico del comercio y la apertura del comercio indiscriminado entre las ciudades y el campo. Fue este desarrollo el que llevó al primer plano el criterio territorial como el instrumento de la "nacionalización" del mercado y el creador del comercio interno.

En los siglos xv y xvi, la acción deliberada del Estado impulsó al sistema mercantilista entre las ciudades y los principados ferozmente proteccionistas. El mercantilismo destruyó el obsoleto particularismo del comercio local e intermunicipal derrumbando las barreras que separaban estos dos tipos de comercio no competitivo y allanando así el camino para un mercado nacional que omitía cada vez más la distinción existente entre la ciudad y el campo, así como la distinción existente entre las diversas ciudades y provincias.

En efecto, el sistema mercantil era una respuesta a muchos retos. En términos políticos, el Estado centralizado era una creación nueva, impulsada por la Revolución comercial que había trasladado el centro de gravedad del mundo occidental, de la costa del Mediterráneo a la costa del Atlántico, obligando así a los pueblos atrasados de los países agrarios más grandes a organizarse para el comercio interior y exterior. En la política externa, el establecimiento del poder soberano era la necesidad de la época; en consecuencia, la gobernación mercantilista involucraba la reunión de los recursos de todo el territorio nacional para los fines del poder en los asuntos extranjeros. En la política interna, la unificación de los países fragmentados por el particularismo feudal y municipal era el subproducto inevitable de tal esfuerzo. En el terreno económico, el instrumento de la unificación era el capital, es decir, los recursos privados disponibles en forma de acumulaciones de dinero y por ende peculiarmente propicios para el desarrollo del comercio. Por último, la técnica administrativa que servía de base a la política económica del gobierno central era proveída por la extensión del sistema municipal tradicional al territorio más grande del Estado. En Francia, donde los gremios de oficios tendían a convertirse en órganos estatales, el sistema gremial se extendió simplemente a todo el territorio del país; en Inglaterra, donde la declinación de la ciudad amurallada había debilitado fatalmente ese sistema, el campo se industrializaba sin la supervisión de los gremios, mientras que en ambos países se expandían el comercio exterior e interior por todo el territorio de la nación y se convertían en la forma dominante de la actividad económica. En esta situación se encuentra el origen de la política de comercio interno del mercantilismo.

La intervención estatal, que había liberado el comercio de los confines de la ciudad privilegiada, debía afrontar ahora dos peligros estrechamente conectados que la ciudad ya había afrontado con éxito: el monopolio y la competencia. Que la competencia debe conducir en última instancia al monopolio era una verdad bien entendida en esa época, mientras que el monopolio

era más temido ahora que más tarde, ya que a menudo se aplicaba a los bienes básicos y así se convertía fácilmente en un peligro para la comunidad. La regulación total de la vida económica, sólo que ahora a escala nacional, ya no sólo municipal, fue el remedio encontrado. Lo que para la mentalidad moderna podría parecer fácilmente como una exclusión miope de la competencia, era en realidad el procedimiento adecuado para salvaguardar el funcionamiento de los mercados bajo las condiciones dadas. Toda intrusión temporal de los compradores o los vendedores en el mercado debe destruir el equilibrio y decepcionar a los compradores y vendedores regulares, de modo que el mercado dejará de funcionar. Los antiguos proveedores dejarán de ofrecer sus bienes porque no pueden estar seguros de obtener un precio por ellos, y el mercado insuficientemente abastecido será una presa fácil para el monopolista. En menor grado, los mismos peligros existían del lado de la demanda, donde a una rápida declinación podría seguir un monopolio de la demanda. Con cada paso dado por el Estado para liberar al mercado de restricciones particularistas, de gabelas y prohibiciones, ponía en peligro el sistema organizado de la producción y distribución que ahora se veía amenazado por la competencia sin regulación y la intrusión del forastero que "exploraba" el mercado sin ofrecer ninguna garantía de permanencia. Ocurrió así que si bien eran inevitablemente competitivos hasta cierto punto, los mercados nacionales nuevos se distinguían por el aspecto tradicional de la regulación antes que por el nuevo elemento de la competencia.⁸ La familia autosuficiente del campesino que laboraba por su subsistencia seguía siendo la base general del sistema económico, integrado en grandes unidades nacionales mediante la formación del mercado interno. Este mercado nacional se desarrollaba ahora al lado del mercado local y del mercado extranjero, y en parte traslapándolos. La agricultura se complementaba ahora con el comercio interno, un sistema de mercados relativamente aislados que resultaba enteramente compatible con el principio de la unidad familiar todavía dominante en el campo.

Así concluye nuestra sinopsis de la historia del mercado hasta la época de la Revolución industrial. Como sabemos, la etapa siguiente de la historia de la humanidad contempló un intento de establecimiento de un gran mercado autorregulado. No había en el mercantilismo, esa política distintiva del Estado-nación occidental, nada que presagiara tal desarrollo singular. La "liberación" del comercio realizada por el mercantilismo sólo liberó

⁸ Montesquieu, *L'esprit des lois*, 1748. "Los ingleses restringen al comerciante, pero con ello favorecen al comercio."

al comercio del particularismo, pero al mismo tiempo extendió el alcance de la regulación. El sistema económico se sumergió en las relaciones sociales generales; los mercados eran sólo una característica accesoria de un ambiente institucional controlado y regulado más que nunca por la autoridad social.